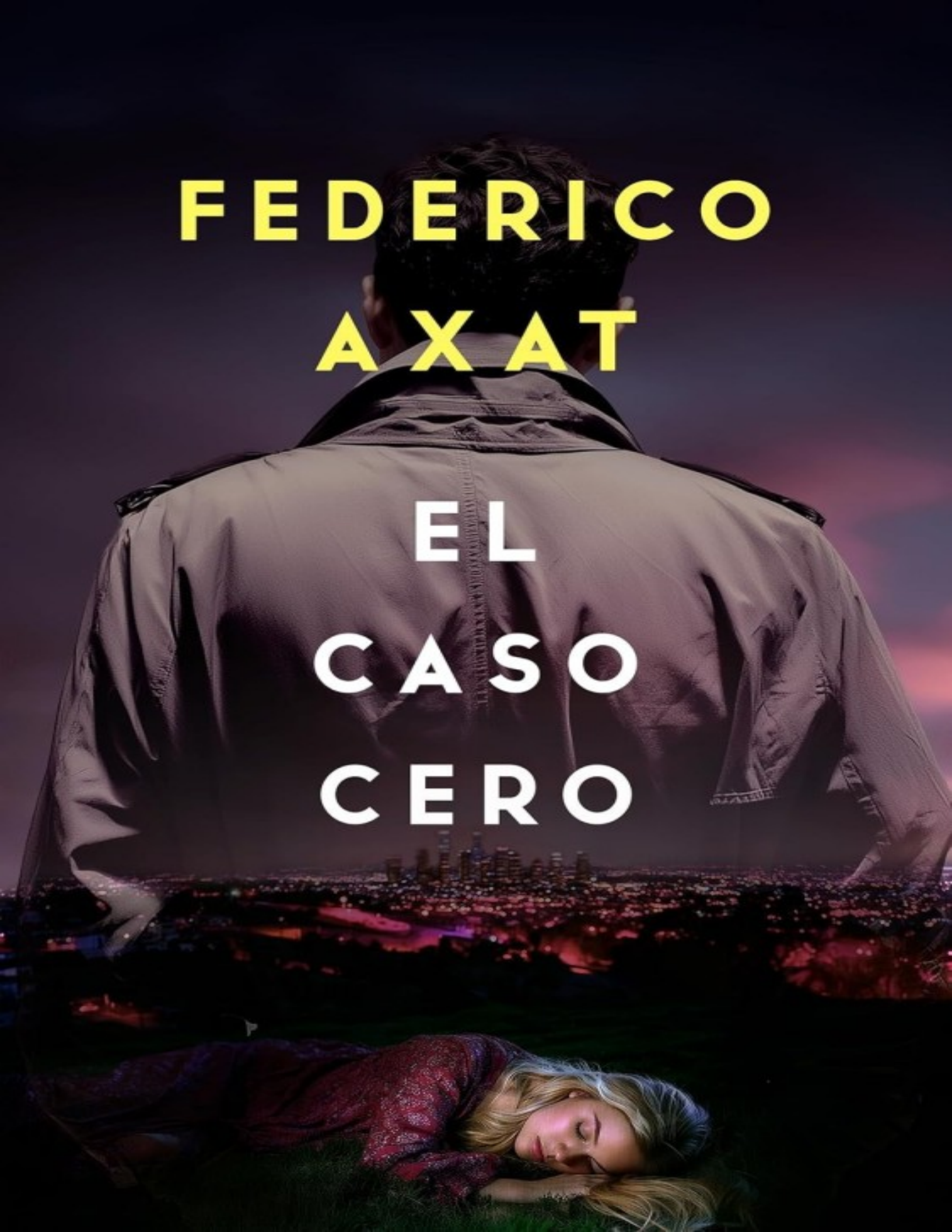
FEDERICO AXAT

# EL CASO CERO



# El caso cero

(Luca Bruzzo 0)

Federico Axat

Copyright © 2024 by Federico Axat
Todos los derechos reservados

Esta obra está protegida por la Ley de Propiedad Intelectual.
Queda Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier método o procedimiento, salvo autorización expresa de su autor.

Versión 1.0: diciembre, 2024

# Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epílogo
Siguiente libro de la serie
Luca Bruzzo 2

# 1

*Los Ángeles, año 1998*

Luca abrió la puerta de la sala de reuniones de la división de Robos y Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles. Al darse cuenta de que el capitán Arson estaba con alguien más, se disculpó y comenzó a cerrarla.

—No se vaya, detective —dijo el capitán con su característica voz grave.

Luca se quedó quieto, con la puerta entreabierta, observando alternativamente a Arson y al detective Morse, un veterano del departamento que lo miraba con una leve sonrisa enigmática. Entró sin comprender; Arson lo había citado para hablar del caso de Amanda Stewart y él había dado por sentado que estarían a solas.

—No entiendo —dijo Luca al sentarse—. Puedo esperar.

Dejó el informe sobre la mesa. La forma en que se torcieron las comisuras de los labios de Morse le dio una idea de lo que se avecinaba.

—Quiero una segunda opinión —dijo Arson—. Morse tiene mucha experiencia en este tipo de asuntos.

Luca no podía creerlo. Apenas tres horas antes había acordado con el capitán Arson la detención del sospechoso del caso de Amanda Stewart. ¿Qué había cambiado desde entonces? Nada, por supuesto. Decenas de argumentos se agolparon en su cabeza sin que ninguno consiguiera abrirse paso. Caleb Morse llevaba casi cuarenta años en el departamento, eso era cierto, pero también representaba lo más rancio y retrógrado de las prácticas policiales. Por otro lado, Luca todavía no había cumplido un año en la división y este era por lejos su caso más importante. No era la primera vez que Morse se entrometía en una investigación que no era propia, siempre con esa sabiduría altiva que Luca tanto detestaba. Pero esta vez no iba a permitirle que se metiera con su trabajo. Ni él ni nadie.

Morse probablemente le había ido a comer la cabeza al capitán, lo cual no era difícil tratándose de un tipo inseguro como Arson.

Si Luca tenía alguna duda de lo que había sucedido antes de su llegada, el propio Arson se encargó de disiparla con lo que dijo a continuación:

—El detective Morse tiene razón en cuanto a la detención de Tom Blair. Si nos equivocamos, será un punto de no retorno. El chico es el sobrino del gobernador.

—Sobrino segundo —apuntó Luca de inmediato.

Arson le sostuvo la mirada. Morse intervino.

—¿Por qué no me cuentas lo que tienes, Bruzzo? Si es algo sólido podrás convencer a un detective viejo a punto de jubilarse, ¿no?

Luca sintió que la sangre le hervía en las venas. Estuvo a punto de levantarse e increpar a gritos a Morse o, peor aún, echársele encima.

Finalmente, la razón se impuso. En silencio, Luca abrió la carpeta que tenía delante y empezó a pasar las hojas. Eligió algunas fotografías y las fue colocando sobre la mesa para que Morse pudiera verlas. Lo hizo despacio de forma deliberada, tranquilizándose. Perder los nervios no le convenía.

Cuando terminó de ordenar las seis fotografías del cadáver de Amanda Stewart dejó que Morse las examinara.

El asesinato de Amanda había tenido cierta repercusión en la prensa y dentro del departamento, por lo que Morse conocía las generalidades.

Amanda Stewart, de diecinueve años, había sido asesinada en el parque Callegari entre la una y las dos de la madrugada del sábado 22 de agosto, a causa de un golpe en la cabeza con un objeto contundente. Había estado con unas amigas en una discoteca llamada *La Perla Negra* hasta pasadas las doce, y luego decidió irse andando con su novio: Tom Blair. El suceso había ocurrido dos meses antes.

Morse señaló una de las fotografías.

—¿Qué es eso?

La fotografía mostraba un primer plano del bolso de Amanda, donde se veía un espejo de mano muy antiguo, completamente fuera de lugar en posesión de una chica joven.

Luca sacó otra fotografía de la carpeta con un detalle del espejo.

—Es una antigüedad. Fabricada en Italia hace más de ochenta años, según algunos expertos que hemos consultado. Podría valer entre dos mil y tres mil dólares.

—Interesante —dijo Morse mientras cogía la fotografía y la observaba como si él mismo fuera uno de esos expertos.

El marco del espejo parecía de bronce y tenía adornos con forma de flores y pequeñas hojas. En la parte superior del mango había un ángel del mismo material.

El hallazgo del espejo no había trascendido a la prensa, de ahí el lógico interés de Morse.

—Ningún miembro de la familia lo reconoció —dijo Luca.

—¿Podría haber sido robado? —preguntó Morse.

—No lo descarto, aunque Amanda no era una ladrona. Sí es cierto que sus amigas coinciden en que era una chica ambiciosa que hablaba constantemente de buscar la forma de irse de casa y progresar.

—Podría haberlo hecho —dijo Morse, señalando el rostro de Amanda, de belleza innegable incluso en ese escenario grotesco.

—¿Qué cosa?

—Progresar…

Luca tuvo que controlar un nuevo ataque de furia. Para él, comentarios como ese eran los que hacían de Morse una persona despreciable. Lamentablemente, sabía que pensamientos así estarían presentes en la mente de los miembros del jurado en un hipotético juicio. Amanda tenía diecinueve años; incluso si hubiera cometido el error de robar un espejo de mierda, eso no la convertía en mala persona, y mucho menos en merecedora de una muerte tan temprana y atroz.

—Háblale de la chica de la perfumería —dijo Arson.

—Patsy Malone —dijo Luca—. Una de las mejores amigas de Amanda. Trabajaban juntas en una perfumería en un centro comercial, y además estuvo con ella en La Perla Negra esa noche. Malone nos confirmó que Amanda últimamente faltaba al trabajo y le pedía que le cubriera los turnos con regularidad. Además, aparecía con regalos caros que supuestamente le había hecho su novio.

Arson carraspeó.

—Tom Blair dice que no eran novios.

—Capitán, Amanda y Tom Blair se conocían desde hacía varios meses, salían juntos casi todos los fines de semana y mantenían relaciones sexuales. Todas las personas del círculo de Amanda se han referido a Blair

como su novio. Es muy conveniente que ahora él quiera minimizar la relación sólo porque su novia está en el depósito de cadáveres.

—Luca, por favor —dijo Arson—, no seamos tan susceptibles. Sólo digo que hay dos versiones sobre la naturaleza de esa relación.

Luca odiaba ese tono condescendiente, pero lo dejó pasar.

—Háblame un poco de las horas previas —pidió Morse—. La escena del crimen parece bastante clara, más allá de ese espejo fuera de lugar.

Era cierto. Amanda no presentaba heridas defensivas ni signos de haber sido agredida antes del homicidio. Todo apuntaba a que había sido sorprendida por la espalda con un golpe contundente y mortal.

—Amanda llegó a La Perla Negra sobre las 22:30 con Patsy Malone y otra amiga. Estaba enfadada con Blair, pero habían quedado en verse esa noche. Estuvieron hablando un rato, no en los mejores términos, hasta que se marcharon juntos.

Luca extrajo de la carpeta una fotocopia de un plano de la ciudad. Por un momento olvidó que era Morse a quien tenía delante y se centró en el caso al que había dedicado decenas de horas de trabajo durante las últimas semanas.

Señaló en el plano una ruta dibujada en rojo.

—Blair nos dijo que Amanda quería irse a su casa y que él se ofreció a acompañarla —dijo Luca—. Este sería el camino lógico para seguir, el más corto. Es algo menos de un kilómetro y medio. Sin embargo, fueron por aquí…

Luca señaló una línea azul que terminaba en el parque Callegari y que se desviaba de la anterior de forma considerable.

—A lo mejor iban a follar en el parque —dijo Morse, riéndose de su propio chiste.

Arson abrió mucho los ojos. Tom Blair había insinuado lo mismo en su declaración.

—Blair afirma que aquí —dijo Luca señalando un punto de la ruta azul —, discutieron por una tontería y él regresó a La Perla Negra. Uno de los encargados de seguridad asegura que lo dejó entrar por una puerta especial unos minutos antes de la una de la madrugada. No tiene dudas porque fue antes del cambio de turno.

—Entonces eso lo descarta como sospechoso —dijo Morse con cierta indignación.

—Salvo por un detalle: Tom Blair es el hijo del dueño de La Perla Negra. Todo el mundo lo conoce y nadie lo volvió a ver antes de las dos de la madrugada.

Luca hizo una pausa.

—Nadie —repitió, enfatizando la idea—. Las amigas de Amanda, que seguían allí; los amigos de Blair; el personal; nadie. Más de diez personas que estaban dentro coincidieron en la vuelta de Blair, pero todos dijeron que eran más de las dos.

—Me extraña tanta precisión —dijo Morse—. En esos garitos todos están borrachos o drogados. ¿Por qué no confiar más en el tipo de la puerta?

—Porque el tipo de la puerta trabaja para Ronald Blair, y lo que Ronald Blair está haciendo desde el principio es encubrir a su hijo. La declaración de ese empleado no vale nada. Estoy seguro de que puedo desmontarla en diez minutos.

—¿No hay cámaras en las entradas?

—No en esa en concreto. Por ahí entran los invitados VIP. Todo muy conveniente.

Morse estiró los brazos por encima de la cabeza, como si fuera a desperezarse, pero se quedó mirando al techo un rato.

—Blair es el último que estuvo con la víctima —dijo Morse—, te lo concedo. Yo también me habría centrado en él en tu lugar.

—¿En mi lugar? —se exasperó Luca—. ¿Qué quieres decir, Morse?

—Caballeros… —intervino Arson.

—No te enfades, Bruzzo, no es nada personal.

—Yo creo que es bastante personal, Morse. Porque Blair estuvo con la víctima prácticamente en el lugar del crimen, reconocido por él mismo, después de que varios testigos los vieron discutir. Blair apareció una hora después, con tiempo más que suficiente para haber matado a su novia.

Luca ansiaba jugar con Morse la carta que se había guardado hasta el momento y ver cómo su rostro se le desencajada.

—¿Qué se sabe del arma homicida? —preguntó Morse.

—Un objeto contundente con punta —dijo Luca—. El forense ha dicho en su informe que podría ser un martillo o un hacha pequeña. No descartó una piedra afilada.

Morse se dirigió directamente al capitán Arson.

—El padre es un empresario poderoso y la madre es prima del gobernador. Si te metes con ese chico, más vale que tengas algo mucho más sólido que esto.

—Lo tenemos —dijo Luca sin poder contenerse—. Amanda estaba embarazada cuando murió.

Morse se quedó callado, mirando a Luca, sopesando la información.

—¿Lo ha confirmado el forense?

—¿Tú qué crees, Morse? ¿Que lo he leído en una galleta de la fortuna?

Morse observaba a Luca con la mirada de un viejo lobo.

—Cuidado con lo que dices, chaval —masculló Morse—. Llevo más tiempo haciendo esto que tú cagando por el culo. La chica estaba embarazada, ¿y qué? Seguramente por eso discutían. Muchas parejas jóvenes dudan si quieren o no tener un hijo. A veces ocurren accidentes y algunos nadadores se escapan. La gente no mata por eso.

Morse se puso de pie. Con un dedo grueso como una columna de hormigón señaló la fotografía que habían visto al principio.

—Y no has podido explicar lo del espejo, Bruzzo. ¿Por qué llevaba la chica ese espejo?

Sin decir nada más, se marchó de la sala.

Luca no necesitaba mirar al capitán; sabía perfectamente lo que pensaba.

# 2

En otras circunstancias, Tom Blair estaría detenido. Luca no tenía duda. El chico había dejado embarazada a su novia y varios testigos aseguraban que la relación entre ellos no era buena últimamente. Más aún, él mismo había reconocido que, la noche del asesinato, acompañó a Amanda hasta el parque donde su vida se extinguiría para siempre.

Luca miró por la ventanilla del coche hacia la modesta casa de la familia Stewart, la única de la manzana que no tenía ninguna decoración para Halloween. Pensó en la madre, y en cómo ese tipo de detalles harían que la herida no dejara de doler nunca.

No había sido Luca quien le dio a la madre la noticia del fallecimiento de su hija, pero sí había pasado con ella muchas de las horas posteriores. Le había tocado de primera mano transitar con ella ese dolor infinito, buscando la fortaleza para responder a las preguntas de la policía, en una realidad que se hacía cada vez más y más oscura. Porque siempre hay algo que podrías haber hecho para cambiar las cosas, y cada minuto de tu existencia se encarga de recordártelo. El reproche es el primer sentimiento que aparece en el horizonte de la culpa.

Luca ansiaba darle a esa madre —y también al padre, aunque con Robert Stewart el contacto no había sido tan estrecho— un poco de paz. Al menos una señal de que el sistema servía para algo y de que encontrarían al culpable para que pagara por lo que había hecho.

Luca negó con la cabeza y golpeó el volante. Miró hacia el asiento vacío del copiloto. Su compañero estaba de baja por un asunto interno y él había creído que no lo echaría de menos, pero se había equivocado. En momentos así necesitas desahogarte con alguien. Y él no tenía a nadie, en el departamento de policía o en su propia casa.

Antes de bajar del coche revisó su aspecto en el retrovisor. Sus ojos, de un azul intenso, lo desafiaron a hacer lo que debía de una vez por todas.

Se bajó y cerró la puerta con más fuerza de la necesaria. Caminó hacia la casa donde desde hacía unas semanas vivían dos personas y no tres, y antes de que él llegara al porche apareció en el umbral la frágil figura de Angela, flotando como un fantasma. Seguramente lo había estado observando desde una ventana, mientras Luca perdía el tiempo sentado en el coche.

Se saludaron, y a continuación se produjo entre ellos un diálogo ocular. Luca podría haberse marchado en ese instante porque, de alguna forma, en esos segundos de observación silenciosa se dijeron todo.

Angela Stewart apenas superaba los cuarenta y era una mujer de una belleza de esas que no admiten discusión. Ni siquiera la trágica muerte de su hija podía ocultar esa verdad innegable, aunque era evidente que algo en ella se había apagado últimamente.

—Pase, detective Bruzzo. Puedo ofrecerle un té.

Fue en ese momento, cuando la mujer le dio la espalda y se dirigió a la cocina, que Luca sintió otro de sus ataques repentinos de furia. Tuvo la urgencia de lanzar un puñetazo en alguna dirección, derribar una lámpara o perforar una pared con los nudillos. Para el capitán Arson era sencillo dar la orden de no hacer nada con Blair; mientras tanto, era él quien tenía que explicarle a la madre de Amanda que aún no tenían nada.

Desde la cocina, Angela lo invitó a sentarse y él lo hizo en la misma silla que las otras veces. A su pesar, echó un vistazo al modesto salón, no muy diferente en términos de estilo a la casa que él había heredado de su madre. Las fotos de Amanda seguían allí, por supuesto. Los Stewart no habían tenido otros hijos, así que Amanda monopolizaba los portarretratos de las paredes. Ni siquiera el matrimonio tenía una participación relevante en aquel mundo de recuerdos rectangulares: Amanda comiendo chocolate cuando era una niña, Amanda andando en su primera bicicleta con rueditas, Amanda en su graduación…

Amanda.

—Aquí tiene, detective Bruzzo.

La mujer dejó dos tazas en la esquina de la mesa cuadrada y se sentó en la silla de la cabecera, también como las otras veces.

Luca no había conseguido que Angela lo llamara por su nombre de pila, pero él sí lo hacía. Sabía que no era lo que indicaban los manuales, pero para él era importante establecer ese vínculo con ella. Morse sería el

primero en decirle que era un error, pero le importaba un bledo. Luca no quería ser como Morse.

Sorbió un poco de té. No quería iniciar la conversación con otra cosa que no fuera lo que había ido a decir.

—Angela, me temo que no traigo buenas noticias.

Ella hizo un gesto de resignación.

—Hemos avanzado —continuó él—, pero aún no tenemos al culpable. Estamos trabajando en ello. Sin embargo, ha surgido algo en la investigación que debéis saber, tu marido y tú. Lamento que él no esté aquí.

Robert Stewart trabajaba en el almacén de una fábrica de muebles. Luca sabía que no lo encontraría en casa a esas horas de la mañana.

—Creo que ya he alcanzado mi límite de sufrimiento —dijo ella—. Dígamelo, detective.

A Luca le temblaron los labios. Sabía que lo que Angela acababa de decir no era cierto, sólo que ella todavía no lo sabía.

—Amanda estaba embarazada de pocas semanas.

Angela se quedó helada, la taza de té a medio camino entre la mesa y su boca. La apoyó suavemente en el plato de loza barata mientras sus ojos se humedecían. Se puso de pie sin pronunciar palabra y caminó hacia una de las ventanas laterales.

Luca esperó. No fue en busca de la mujer ni dijo nada, simplemente le permitió que procesara el impacto de semejante información. El asesino no sólo le había arrebatado a su única hija, sino también a un nieto o una nieta: la posibilidad de convertirse en abuela joven y de una vida llena de alegría. Quizás Angela imaginaba ahora mismo esa vida, en su propio jardín, con un niño o una niña a quien su mente le estaría inventando un rostro, una risa, un…

Angela regresó, secándose las lágrimas, fuerte como un roble.

—¿Mi hija lo sabía?

Luca asintió.

—Probablemente sí, porque el forense estima que Amanda estaba embarazada de entre seis y ocho semanas. No sabemos quién es el padre, y me temo que las pruebas de ADN no se pueden utilizar en embriones.

Luca no quiso entrar en detalles técnicos que ni él mismo comprendía, pero eso era lo que le habían explicado en el laboratorio.

Angela asintió, apesadumbrada, como si buscara justificar por qué tenía que cargar con una revelación tan dolorosa como inútil. El propio Luca se había hecho la misma pregunta, pero sabía que la familia debía conocer la verdad. No sólo porque tenían ese derecho, sino porque era algo que iba a salir a la luz más adelante, cuando metieran a Blair entre rejas.

Porque eso iba a suceder tarde o temprano. Luca no se detendría hasta conseguirlo.

—¿Quizás por eso quería el coche? —dijo Angela con un destello de esperanza en su mirada.

—¿El coche?

—Sí. Amanda me dijo que quería comprarle el coche a un vecino, que incluso había hablado con él al respecto. Yo lo tomé como un capricho más de ella; esas cosas que hacía para tener una vida que nosotros no podíamos darle, como salir con ese chico rico.

Hizo un gesto de desprecio. Luca conocía de sobra los problemas que la relación con Tom Blair había supuesto en la dinámica familiar.

—¿A quién iba a comprárselo?

—A un compañero del instituto. Samuel… algo, vive aquí a la vuelta de la esquina.

Luca tomó nota mental para ir a verlo más tarde.

—Ahora pienso que quizás era por el embarazo —especuló Angela—. Quizás Mandy quería tener un coche para poder moverse con mayor libertad y no depender del autobús. El autobús la avergonzaba mucho.

A Angela se le quebró la voz.

—Los jóvenes de hoy —continuó — están expuestos a muchas cosas. Amanda sólo necesitaba un poco de tiempo.

Luca terminó el té y Angela le ofreció otro, quizás por cortesía o quizás porque necesitaba hablar de su hija con alguien. Él le preguntó cómo llevaba las cosas su marido y ella le dijo que como podía, que Robert no se caracterizaba precisamente por expresar sus sentimientos, menos en situaciones trágicas como la que les tocaba vivir.

—A veces pienso que me oculta algo de nuestra Mandy —dijo Angela, y de inmediato se arrepintió.

La conversación se prolongó un rato más, pero Luca sabía que debía dejar a Angela sola para que terminara de asimilar la noticia del embarazo

de su hija. Unos minutos después, estaba de vuelta en el coche, reflexionando acerca de lo último que le había dicho Angela respecto a Robert Stewart.

# 3

Encontrar a Samuel, el compañero de instituto al que Amanda quería comprarle un coche, fue sencillo. Unas pocas preguntas y Luca llegó al taller mecánico del padre del chico, donde él mismo trabajaba. La familia vivía a la vuelta de la esquina de los Stewart, en una casa de características similares. El taller estaba al lado.

Luca habló brevemente con el padre, al que le explicó el motivo de su visita, y luego con Samuel, que no pareció asustado por la presencia de un detective. Era un chico delgado y fibroso, seguramente por el trabajo en el taller, pero no el tipo con el que alguien como Amanda querría pasar demasiado tiempo en el instituto. A Luca no le extrañó que la madre de Amanda no recordara el apellido de Samuel; era un milagro que supiera siquiera de su existencia. En el mapa de popularidad de Amanda, Blair y Samuel estarían en polos opuestos. O en galaxias opuestas.

Samuel le dijo a Luca que Amanda pasaba caminando con frecuencia por delante del taller y que un día le preguntó por uno de los coches usados que reparaban para vender. Era un Ford por el que pedían cinco mil, pero ella quería comprarlo por la mitad. Quedaron en que él hablaría con su padre e intentaría convencerlo, pero su padre se negó. Dos mil quinientos era menos del costo. Amanda se enfadó y Samuel le dijo que volviera a pasar, que él trataría de buscar la forma de que ella tuviera el coche.

Después pasó lo que pasó.

Luca sabía que Amanda no tenía ese dinero para comprar un coche, y la próxima vez que tuviera a Blair delante le preguntaría si él se lo iba a prestar o si sabía de dónde pensaba sacarlo. ¿Quizás de la venta del espejo de mano que llevaba encima?

Tras la visita al taller mecánico, Luca decidió ir a Vernon, a menos de una hora en coche, donde se encontraba la mueblería en la que trabajaba Robert Stewart. Sería la primera vez que Luca se encontraría con el padre

de Amanda en un sitio que no fuera su casa y tenía esperanzas de que quizás así el hombre se abriera un poco.

Cuando llegó, comprobó que era un negocio bastante más grande de lo que había esperado. El inmenso local tenía una zona de exposición decorada con esqueletos, calabazas y todo tipo de monstruos, y otra de almacén en la parte trasera. Un camión estaba siendo cargado con mercancía en ese momento.

Luca se acercó a uno de los empleados, se identificó y le dijo que necesitaba hablar con Robert Stewart un momento. Para su sorpresa, el hombre le respondió que Robert no había ido a trabajar ese día y le dio indicaciones para llegar a la oficina del encargado.

Mientras Luca recorría el interior de la nave, entre estanterías altísimas con todo tipo de muebles, intentó convencerse de que no tenía nada de extraño que Robert se ausentara de su trabajo habiendo pasado tan poco tiempo de una pérdida tan dolorosa. De hecho, lo curioso era que hubiera regresado al trabajo tan pronto.

No dejaba de ser llamativo que su mujer creyera que estaba trabajando, cuando en realidad no lo estaba.

Antes de llegar a la oficina del encargado recordó las palabras de Angela:

A veces pienso que me oculta algo de nuestra Mandy.

El encargado era un hombre de unos sesenta años, a juzgar por las arrugas en el rostro y una incipiente calvicie frontal, o menos de cuarenta si uno se fijaba sólo en su corpulencia y la energía que transmitía. Luca se identificó, le mostró la placa y le dijo el motivo de su visita. El hombre, aunque estaba en medio de una conversación con uno de los empleados, le dijo que podían hablar mientras iban al fondo, donde debía revisar unos asuntos.

—Robert ha aparecido un par de veces —dijo el encargado—. Hoy no ha sido una de esas veces.

—¿Cuándo fue la última vez que vino?

—Déjeme ver… Hoy es miércoles. Creo que el lunes sí estuvo por aquí. Debería comprobarlo. ¿Necesita que lo compruebe?

Luca le dijo que sí.

El encargado sacó un intercomunicador que llevaba en la cintura y habló sin preámbulos:

—Cindy, cariño, ¿podrías comprobar cuándo fue la última vez que vino Robert, por favor?

La respuesta llegó en menos de treinta segundos:

—El lunes. No hace falta ni que lo mire. Me pidió un adelanto.

—Gracias, cariño.

El encargado miró a Luca. *Ahí tiene su respuesta*.

Estaban llegando a la mitad de la nave. Varios operarios los observaron con curiosidad. Aunque Luca no llevara la placa de detective a la vista, era evidente que lo era, y todos podían imaginar la razón de su presencia allí.

—¿Cuál es la política de la empresa en casos como este?

—Mire, nosotros somos una empresa familiar. Nuestra política es tratar a los empleados como parte de la familia…, al menos mientras sea recíproco. Yo, personalmente, hablé con Robert y le dije que se tomara el tiempo que necesitara.

El rostro del hombre se ensombreció de repente. Ahora sí parecía un hombre de sesenta años que seguramente había vivido muchas cosas.

—¿Usted tiene hijos, detective Bruzzo?

Luca negó con la cabeza.

—Téngalos…, si puede. Y si es su deseo, por supuesto. Respeto a quien no quiere traer a nadie a este mundo o tiene otros planes para su vida, pero yo le recomiendo a las personas que tengan hijos.

El encargado señaló el intercomunicador por el que hacía un instante había surgido la voz de Cindy.

—No sé qué haría si a ella le pasara algo así —dijo, negando con la cabeza—. Robert puede tomarse todo el tiempo que necesite, claro que sí. Supongo que estará intentando retomar su vida.

Se quedó pensativo, como si buscara encontrarle sentido a sus palabras.

Luca le agradeció su tiempo. Habían llegado a la parte trasera de aquella ciudad de muebles y el hombre le dijo que, si no le molestaba, él se quedaría allí. Luca le contestó que no se preocupara, que regresaría solo, y le agradeció por su tiempo.

De regreso, Luca pensó en que era razonable que Robert intentara despejarse con el trabajo, aunque no lo consiguiera y debiera ausentarse. La cuestión era por qué no le había dicho nada a su esposa, que creía que su marido había regresado a su rutina habitual.

—¿Busca a Robert Stewart?

La pregunta no surgió en su cabeza —aunque bien podría haber sido el caso—, sino de un lado, entre dos estanterías con muebles. Allí, en uno de esos montacargas pequeños, había un operario que lo miraba con desdén. Luca se acercó a un lado del vehículo para escuchar lo que el hombre tenía para decirle.

—Seguro que lo encuentra en *el Big Ears*.

Antes de que Luca pudiera preguntar qué era el *Big Ears*, el operario dio media vuelta y desapareció.

# 4

Luca tuvo claras dos cosas apenas entró al *Big Ears*. La primera fue que Robert Stewart no estaba allí, porque el sitio no era demasiado grande y estaba casi vacío. La segunda, que el nombre del bar estaba inspirado en el hombre que lo observaba desde el otro lado de la barra, y que enseguida se dio cuenta de que el que acababa de entrar no era uno de sus clientes habituales.

—Buenos días. Soy el detective Luca Bruzzo. Busco a Robert Stewart, me han dicho que podría encontrarlo aquí.

La expresión del hombre se suavizó de inmediato. Al parecer, ese efecto tenía la sola mención de Robert entre quienes lo conocían.

—Siéntese. ¿Le apetece algo de beber?

—Un vaso de agua —dijo Luca mientras se sentaba en uno de los taburetes.

El bar estaba un poco venido a menos: el suelo gastado en algunas partes, la pintura de los cristales desconchada, y, en general, necesitaba un poco de mantenimiento. Los únicos dos clientes —dos ancianos que parecían formar parte del decorado— estaban sentados en una mesa apartada con unos vasitos pequeños con un líquido blanco.

El encargado del bar se presentó con su nombre completo, pero le aclaró a Luca que todos le llamaban Big Ears, o simplemente Big E, por razones obvias.

—¡Pete! —dijo Big E levantando un poco la voz—. Pon algo de música. De la buena.

Uno de los ancianos se levantó con una agilidad asombrosa y fue directo a una rocola que había cerca. Evidentemente, lo que era buena música para Pete y Big E no admitía discusión, porque manejó la máquina con presteza y sin preguntar nada. Al cabo de unos segundos, de los altavoces surgió el inconfundible comienzo de *Who Are You*, de The Who.

A Luca le empezaba a caer bien Big E.

—Robert ha venido por aquí un par de veces desde que falleció su hija —dijo el barman.

—En su trabajo me han dicho que podría encontrarlo aquí.

—Los de la mueblería vienen a menudo. Yo no subsistiría sin esos negocios de la zona. Pero Robert no está yendo a trabajar, según tengo entendido.

—Sí, eso parece.

Luca no iba a revelar que la única que parecía no estar al tanto de aquello era Ángela, la esposa de Robert.

—¿Cree que podría estar en otro bar? —preguntó Luca.

Big E reflexionó un momento.

—Bueno, aquí sabe que no voy a llenarlo de alcohol para tapar su dolor. Los amigos están antes que los negocios. Robert sabe que puede venir a tomar una copa o dos, pero no más.

—Entonces podría haberse buscado otro bar.

—No, no lo creo. Si para algo me sirven estas —dijo Big E, señalando sus orejas—, es para escuchar a la gente que viene aquí. Con el tiempo aprendes a colocar a cada uno en la casilla que corresponde. No hay muchas casillas en realidad.

La canción terminó y el bar quedó sumido de nuevo en el mismo silencio de antes. Sin que se lo pidieran, Pete se levantó y puso otra canción de los Who.

—¡Que sean tres o cuatro! —dijo Big E—. Estoy hablando con el caballero.

Luca le agradeció con una inclinación de cabeza el detalle para tener un poco de intimidad.

—¿Y en qué casilla habría que colocar a Robert Stewart, según usted?

—Los que no se refugian en la bebida. Robert Stewart es un luchador.

Luca se sintió inmediatamente interesado por esta nueva perspectiva sobre el padre de Amanda. Lo que había visto de él hasta el momento era a un hombre sumamente reservado, casi indescifrable. Que el dueño de un bar al que asistía pudiera dar una definición tan precisa de él no dejaba de ser llamativo, aunque acabara de referirse a él como su amigo.

—¿Un luchador?

—Exacto. La última vez que vino, la semana pasada, me dijo sentado justo ahí que iba a honrar la memoria de su hija, que no se iba a quedar en

este mundo apagándose como una vela, que iba a reinventarse. Me dijo también que había perdido lo más valioso que tenía en el mundo, pero que aún le quedaba lo segundo más valioso: su esposa. Debería haberlo escuchado…, lo pienso y se me pone la piel de gallina.

Big E se tocó los brazos. En uno de ellos tenía un tatuaje amorfo.

—Me ha dado la impresión de ser un hombre bastante reservado —dijo Luca—. Más allá del momento difícil que atraviesa ahora.

—Lo es. Pero ese día me habló con una franqueza que nunca antes le había escuchado. —Big E hizo una pausa—. Creo que quizás se lo estaba diciendo un poco a sí mismo. Este sitio, a veces, tiene el poder de un confesionario.

—¿A qué cree que se refería Robert con reinventarse?

—Sinceramente, no lo sé. Quizás a dejar de ser ese hombre reservado que usted dice. Creo que fue una forma de darse ánimos, pero quién sabe…

Luca estaba cada vez más intrigado. Nunca había creído que Robert —ni Ángela— estuvieran implicados en lo que le sucedió a su hija, pero, ciertamente, había algo en el comportamiento de él que activaba una señal de alarma.

—Oiga, ¿ha comido ya? Porque aquí, aunque no lo parezca, servimos las mejores hamburguesas de la zona.

Luca aceptó sin dudarlo.

# 5

Después de comer una hamburguesa más que decente en el *Big Ears*, Luca podía regresar al Parker Center y ponerse al día con el papeleo atrasado, pero la perspectiva de ver a Arson lo desanimó. Hacía dos días que había tenido la reunión con el capitán Arson y el detective Morse, y desde entonces había intentado evitar a su superior. Sabía que la próxima vez que lo viera, Luca iba a presionar a Arson hasta que accediera a detener a Blair de una vez por todas y someterlo a un duro interrogatorio. Le importaba una mierda si era el sobrino segundo del gobernador.

Lo que ahora necesitaba era localizar a Robert Stewart, pero no quería ir a su casa y alertar a Ángela, por lo que tendría que pensar en otra estrategia. Mientras tanto, decidió ir al centro comercial donde estaba la perfumería en la que Amanda había trabajado junto a su amiga Patsy Malone. Encontró a Patsy en la entrada del local, vestida con un elegante traje gris, ofreciendo muestras de un perfume en unas tiras de papel. El centro comercial no estaba muy concurrido; nadie se acercó desde que Luca vio a Patsy a lo lejos.

—Hola, Patsy —saludó Luca cuando estuvo lo suficientemente cerca.

Patsy se sorprendió al verlo.

—Hola, detective Bruzzo.

—¿Cuándo terminas tu turno? Necesito hablar contigo sobre algunos asuntos relacionados con el caso.

Patsy miró su reloj.

—En media hora. Pero puedo pedirle a la encargada que me permita hablar con usted unos minutos, no creo que haya problema. Hoy esto es un desierto.

—No te preocupes. Termina tu trabajo. Voy a hacer una compra y luego te espero en la cafetería que está al final del pasillo. ¿Te parece bien?

—Claro.

Luca no necesitaba comprar nada, pero quería hablar con Patsy con tranquilidad. Ella y Amanda habían sido mejores amigas desde la guardería, y, aunque Patsy ya había declarado en comisaría, Luca creía que el ambiente frío de los edificios oficiales intimidaba a los testigos. Además, necesitaba un café más que nada en el mundo.

La cafetería era un local tradicional de esos en los que sirven el café en tazas y no en esos inefables vasos de plástico. Luca se había prometido nunca beber café en uno de esos gigantescos barriles de petróleo.

Patsy llegó cuarenta minutos después, ya cambiada con su ropa de calle. Lo único que conservaba de su trabajo en la perfumería era el maquillaje, que la hacía parecer bastante mayor de lo que era.

—¿Quieres algo?

—No tomo café. Una Coca-Cola estaría bien.

Luca le hizo un gesto a la camarera, que se acercó rápidamente y les tomó nota.

—¿Cómo estás, Patsy?

Ella negó con la cabeza.

—Peor que antes. Es como si poco a poco me estuviera dando cuenta de que Amanda ya no está, y no me hago a la idea.

—¿Estás recibiendo ayuda psicológica?

—Sí. Una hora de terapia a la semana. Parece que tenía más cosas que contar de las que yo pensaba.

—¿Te apetece hablar de ello? ¿Algo relacionado con Amanda?

Patsy se quedó pensativa.

—En parte ya se lo he contado. Tiene que ver con nuestra relación en los últimos tiempos, cuando las cosas ya no eran como antes. Nos veíamos de vez en cuando, como esa noche en La Perla Negra, pero eran encuentros forzados, sobre todo por mi parte. Odiaba que las cosas no fueran como cuando éramos pequeñas; ni siquiera como cuando íbamos al instituto. Era como si ya no conociera a Amanda.

La camarera trajo la Coca-Cola y sirvió un poco en el vaso de Patsy. La relación espacio-tiempo se deformó, como suele ocurrir en estos casos, y el vertido del líquido pareció eterno.

Patsy bebió un trago de la burbujeante bebida.

—No te voy a decir cómo serán las cosas en tu caso —dijo Luca—, no tengo una bola de cristal. Sólo decirte que este trabajo me ha enseñado

que el poder del tiempo es asombroso.

Patsy sonrió tímidamente, por primera vez de forma sincera desde que repartía las tiras de perfume.

—Usted no parece un detective como los de las películas.

—No sé si eso es bueno o malo.

—Cuando hablamos en comisaría la primera vez, me di cuenta de que a usted le importa Amanda. Eso me tranquilizó. Saber que hay alguien que se encargará de que el asesinato de mi amiga no quede impune.

—Eso sí te lo puedo prometer, Patsy. Haré todo lo que esté a mi alcance.

—Gracias.

Luca había debatido internamente sobre si revelar o no a Patsy que Amanda estaba embarazada. Desde un punto de vista profesional y ético, su deber era decírselo a los padres, y sólo a ellos. Sin embargo, también podía ser importante conocer la opinión de Patsy en cuanto a la reacción de su amiga ante semejante noticia.

Por el momento, decidió no mencionarlo.

—Hay algo que quiero preguntarte, Patsy, que surgió después de nuestra última conversación. Ángela me dijo que su hija tenía pensado comprar un coche. Incluso habló de ello con un compañero del instituto, Samuel.

—¿Un coche? No, Amanda no me dijo nada. Pero no me extraña. Como le he dicho, últimamente casi no hablábamos de nuestras cosas. Apenas cogía turnos en la perfumería; creo que para que su padre no se enterara de que había dejado el trabajo y le hiciera preguntas. Muchas veces decía que iba a venir y me pedía que la cubriera.

—¿Crees que Amanda tenía dinero para un coche?

—Probablemente. Desde que salía con Tom tenía un montón de ropa nueva.

—¿Te dijo que Tom le hacía todos esos regalos?

—Sí. Se lo pregunté las primeras veces, y luego dejé de hacerlo. Cuando le insinuaba que quizás no fuera buena idea, empezaba con lo de que yo estaba celosa, que me quedaría trabajando en la perfumería para siempre…, en fin. Amanda quería ascender socialmente. No digo que no estuviera enamorada de Tom, pero también le atraía su posición social.

De repente, Patsy se echó a llorar.

—Me siento mal hablando así de ella —dijo Patsy por fin, secándose las lágrimas.

—El coche que quería comprar costaba unos tres mil. ¿Crees que Tom le habría dado esa cantidad de dinero?

Patsy terminó de beberse la Coca-Cola.

—Me acabo de acordar de algo —dijo Patsy—. En su momento no lo entendí. Pero ahora, con lo que usted me dice…

Luca se incorporó en su asiento.

—Estábamos en La Perla Negra. Como Amanda se pasaba todo el rato con Yanitza, yo me quedé con otra amiga también estaba allí.

Yanitza era Yanitza Johnston, una chica del círculo de amistades de Tom Blair a la que Amanda conocía desde hacía unos meses.

—¿Qué has recordado?

—Cada vez que me acercaba a ellas, Yanitza me miraba con desprecio; siempre ha sido así. Claramente, yo no era suficiente para su círculo selecto de amistades. Amanda entró por Tom, claro, y porque era más guapa que todos ellos juntos… —Patsy hablaba con resentimiento hacia quienes consideraba responsables del deterioro de su amistad con Amanda—. Esa noche yo había bebido un par de copas, como ya le dije, y me acerqué. Lo que no le dije, porque no me pareció importante, es lo que oí. Yanitza no paraba de hablar, como una cotorra; le decía a Amanda que su familia nunca había comprado un coche usado en su vida, que su padre decía que había que comprarlos nuevos, tenerlos dos años y luego cambiarlos, porque ese era el tiempo en el que no necesitaban mantenimiento. Luego le dijo que tenía que comprarse un Porsche, como ella. Me hizo tanta gracia en aquel momento que pensé que era una broma.

—Quizás Yanitza no conocía la situación económica de Amanda.

—El único Porsche que Amanda y yo hemos visto en nuestra vida ha sido en *Miami Vice*.

Luca sonrió. Aunque él sabía que en *Miami Vice* conducían un Ferrari y no un Porsche, el comentario le hizo gracia.

—Supongo que Amanda sí quería un coche, después de todo —dijo Patsy con resignación—, y se lo contó a Yanitza en vez de a mí, lo que no me sorprende. Amanda se había distanciado de mí, por mucho que yo intentara acercarme; nuestra relación estaba completamente rota.

# 6

Dos días después de su visita a Angela Stewart, Luca volvió a aparcar frente a su casa, pero esta vez, en lugar de justo enfrente, esperó en una esquina a que Robert saliera para ir al trabajo, como cada mañana. Pocos minutos después de las siete, una hora razonable para llegar a tiempo a la mueblería —aunque Luca sabía que no había ido allí prácticamente ningún día de la semana—, el Ford rojo de Robert salió marcha atrás por la rampa del garaje.

Luca lo siguió a una distancia prudencial. No tenía muy claro por qué, pues seguía creyendo que Robert no estaba implicado en el asesinato de su hija. Sin embargo, creía que su deber era no descartar nada, por mucho que su instinto le dijera que el responsable era Tom Blair. Robert le mentía a su mujer cada mañana, así que bien podía ocultar otras cosas. De hecho, la propia Angela así lo creía.

Una posibilidad era que Robert fuera a algún sitio especial a recordar a su hija; no al cementerio, porque el cuerpo de Amanda aún no había sido enterrado, pero podía ser el parque Callegari o algún otro lugar simbólicamente importante para él.

En pocos minutos, Luca confirmó que Robert no iba a su trabajo, ya que su coche se dirigió hacia el norte por la autopista 110 y no hacia el sur.

—¿Adónde vas? —se preguntó Luca en voz alta mientras conducía a tres coches de distancia.

La persecución era sencilla. Robert conducía con precaución por el carril derecho.

Media hora después, Luca empezó a preocuparse. ¿Y si Robert simplemente conducía sin ningún propósito más que matar el tiempo? No sería descabellado para alguien en su situación. Si no paraba pronto, tendría que interceptarlo para que se detuviera en el arcén; no podía perder toda la mañana siguiendo a un padre que sólo intentaba sobrellevar su dolor como podía.

Por supuesto, también cabía la posibilidad de dar la vuelta y dejarlo en paz.

Mientras Luca se debatía entre estos pensamientos, Robert finalmente salió de la autopista. Su coche se adentró en una zona de edificios de oficinas y algunos restaurantes. El tráfico era escaso y Luca no tuvo más remedio que pegarse a él; no conocía la zona y no podía arriesgarse a perderlo.

En un semáforo, ocurrió lo inevitable. Robert miró por el retrovisor y vio a Luca, que levantó la mano para saludarlo. El padre de Amanda detuvo el coche en el arcén y Luca hizo lo mismo detrás, se bajó del coche y se acercó al Ford rojo como si fuera un agente de tráfico.

Robert lo esperaba con la ventanilla bajada, como si efectivamente fuera un conductor pillado en una infracción. Aún tenía las manos aferradas al volante y la vista al frente.

—Así que ahora se dedica a seguirme —dijo Robert sin mirarlo.

—Es mi trabajo. Fui a buscarte a la mueblería. También al *Big Ears*.

Robert asintió. No parecía enfadado.

—Sentémonos un momento ahí —dijo Luca señalando una fuente alargada frente a uno de los edificios.

Robert aceptó sin protestar. Se bajó del coche y ambos se dirigieron al edificio y se sentaron en el borde de la fuente, de espaldas a unos finos chorros de agua que formaban arcos en el aire.

—Angela me contó lo del embarazo de Amanda —dijo Robert.

—Lo siento.

—Es curioso lo poco que puedes llegar a conocer a tu propia hija. Entiendo por qué no me lo dijo a mí, ¿pero ocultárselo a su madre…?

Luca no quería profundizar en la relación distante que Robert había tenido con su hija, porque ya lo había hecho. A Robert Stewart le había resultado imposible aceptar ciertas decisiones de Amanda, la relación con Blair era sólo una de ellas. No era algo en contra de su hija en particular, sino de las normas y las motivaciones de una generación que él no entendía. Y que probablemente no iba a entender nunca.

—¿Qué haces aquí, Robert?

—He venido a ver a un viejo amigo.

—¿Cómo se llama?

Robert dejó de mirar al frente y observó a Luca, no necesariamente con desaprobación, sino con cierto recelo. *Sé lo que estás haciendo*, parecía decir su mirada.

—Frank Appleby. Ese es el nombre de mi amigo. Uno de los pocos verdaderos que me quedan, o eso espero.

—¿Has venido a visitarlo toda la semana? Porque tu esposa cree que has estado yendo a trabajar.

Robert lo miró como si no pudiera creer lo que acababa de oír. Su expresión severa se endureció. Por un instante, Luca creyó que se le echaría encima, quizás con razón.

—¿Ya ha detenido al asesino de mi hija, detective Bruzzo?

—Es lo que intento.

—¿Siguiéndome? ¿Yendo a mi trabajo para saber qué hago o dejo de hacer?

Luca hizo un gesto de conciliación con las manos.

—Robert…, empecemos de nuevo. Cuanto antes aclaremos esto, mejor para todos.

—¿Qué quiere aclarar?

—Tom Blair vive cerca de aquí. Deja que nosotros nos ocupemos de él.

—¡No sé dónde vive ese imbécil! —estalló Robert—. ¡¿Cree que voy a ir a pegarle?! ¡¿A matarlo?!

Luca guardó silencio.

—Joder, Bruzzo, no soy tan idiota. No voy a ponérselo en bandeja. Si a ese hijo de puta alguna vez le pasa algo, Dios no lo quiera, claro… —dijo Robert—, yo me aseguraré de tener una buena coartada.

Se quedó pensativo. Parecía estar disfrutando de la situación que acababa de imaginar.

—¿Quién es Frank Appleby? —preguntó Luca. No quería alimentar las fantasías vengativas de un padre destrozado.

—Ya se lo he dicho, un amigo de la infancia. Un gran amigo. Era mi vecino de pequeño. En la adolescencia, se mudó y ya no nos vimos con tanta frecuencia. Pero hasta los doce o trece años, compartí con Frank cada día de mi vida. ¿Conoce los zumos Sunny Sips?

Luca negó con la cabeza.

—Son bastante conocidos. Frank es el fundador de la empresa. Mientras yo salía de fiesta con mis amigos y trabajaba en una gasolinera,

Frank fue a la universidad y montó su negocio. Consiguió inversores y, en diez años, distribuye esos zumos por todo el país y está forrado, claro. Yo llevo el mismo tiempo trabajando en el almacén de una mueblería familiar, estancado como si mi vida fuera una foto.

Era la primera vez que Luca oía un discurso tan elaborado del padre de Amanda. Hasta ahora había sido un hombre duro que se expresaba con monosílabos, y ahora, de repente, tenía todos estos pensamientos…

—No voy a volver a la mueblería —dijo Robert por fin—. Voy a hacer las cosas bien.

—Me alegro de oír eso. Amanda estaría orgullosa de ti.

Luca se arrepintió en cuanto lo dijo. Acababa de cruzar una línea con la que, a veces, tenía dificultades. Sin embargo, la reacción de Robert lo sorprendió, porque la mención del nombre de su hija hizo que otra vez su mirada se endureciera, como si recordarla reavivara todo lo ocurrido.

—Detective, usted conoce a mi esposa; incluso en esta mierda de situación es la mujer más guapa del mundo. Siempre me he preguntado por qué me eligió a mí. No voy a decir que soy un hombre horrible, sé que no lo soy, pero hay muchos como yo. Muchísimos. Y, aun así, ella se fijó en mí. Cuando éramos jóvenes, la gente nos miraba por la calle… Bueno, a ella, claro. Todos los sábados íbamos a una discoteca y bailábamos toda la noche, bebiendo y disfrutando de los mejores momentos de nuestras vidas.

Robert esbozaba una sonrisa tenue. La primera que Luca veía en su rostro desde que lo conocía. Miraba, como hipnotizado, los pocos coches que pasaban por la calle. El sonido de la fuente, sin duda, lo transportaba a aquellos años de felicidad que describía.

—Angela no se merece la vida que tenemos. La he arrastrado a mi mediocridad. Tengo a la mujer más guapa, inteligente y buena del mundo. Lo vamos a conseguir, detective. Se lo aseguro. Voy a hacer todo lo que tenga que hacer para que Angela vuelva a ser la chica con la que bailaba rock and roll todos los sábados por la noche.

Aquel era un Robert Stewart completamente desconocido para Luca: sentimental y decidido, que, evidentemente, había estado oculto en alguna parte.

—¿Tu amigo te va a ayudar con eso?

—Creo que sí —dijo Robert con el rostro iluminado—. Tengo una nueva oportunidad y no la voy a desaprovechar. Frank sabe que puede confiar en mí, que puedo hacer cualquier cosa en la empresa, ser su hombre de confianza para lo que necesite. Voy a aprender todo lo necesario. Estoy decidido.

—¿Por qué no se lo has contado a tu esposa?

—Porque necesito saber que cuento con esta oportunidad —dijo Robert—. Frank y yo fuimos como hermanos, pero, con el paso de los años, no me he portado bien con él. Pero ahora es diferente, porque sabe que lo necesito, que es mi última oportunidad para arreglar las cosas y sacar a Angela de esa casa de mierda…, de esta vida a la que la he condenado. Si no lo hago…, ella…, se hundirá en la tristeza.

—Espero que tengas suerte.

—Frank me dijo que lo pensaría y que hablaría con los responsables de los departamentos de la empresa. Quizás hoy me dé buenas noticias.

El rostro de Robert se iluminó con la ilusión de un niño que espera que Papá Noel le traiga su juguete soñado.

—Me alegra, Robert, de verdad. Será mejor que no te entretenga más así puedes ir a hablar con tu amigo.

Luca le tendió la mano.

Robert se sorprendió con el gesto pero se la estrechó.

—Gracias, detective Bruzzo. Perdone si he dicho algo indebido. Mi esposa y yo estamos agradecidos por su dedicación.

Luca le agradeció.

—Venga —lo animó Luca—, ve a ver a tu amigo. O necesitas que ponga la sirena en el techo y te abra paso entre el tráfico.

Robert sonrió. Parecía liberado de una gran carga.

—No hace falta —dijo antes de levantarse.

Luca lo observó mientras subía al coche y se alejaba por la calle.

Ahora tenía una perspectiva diferente de ese hombre que hasta el momento había sido indescifrable para él. A Luca no dejaba de sorprenderle esta nueva faceta de Robert, tanto como el hecho de que aflorara justo ahora, después de un suceso tan trágico. Pero es cierto que, a veces, hay que tocar fondo para volver a la superficie.

# 7

Por la tarde no tuvo más remedio que ir al Parker Center. Tarde o temprano tendría que volver a cruzarse con Arson —era su capitán, al fin y al cabo—, y además quería añadir al expediente de Amanda las entrevistas que había mantenido durante las últimas horas. Aunque no habían tenido carácter formal, creía que aportaban una nueva perspectiva sobre la relación de Amanda con sus seres más cercanos y confirmaban que casi nadie parecía conocerla profundamente, al menos últimamente. Esto era algo que Luca no había visto con tanta claridad hasta ese momento.

Nada más llegar, fue a la sala de descanso a prepararse un café. Por el camino se encontró con Erica Sanders, una detective que había sido trasladada a Homicidios poco antes que él y con la que tenía buena relación. No eran amigos, ni habían alcanzado una gran confianza, pero compartían valores y métodos de trabajo.

—¿Qué tal, Sanders? ¿Qué te pasa?

Entraron juntos a la sala, que en ese momento estaba vacía.

—Arson… —dijo ella mientras se acercaba a la encimera y cogía un vaso de plástico—. Ayer me dijo que me necesitaba aquí a primera hora de la mañana. Le dije que tenía que llevar a mi hijo a la guardería, que su padre estaba de viaje. ¿Sabes qué me dijo?

Normalmente, Erica era una persona comedida y concisa. Esa locuacidad no era habitual en ella.

Luca se encogió de hombros.

—Me dijo que si no podía cumplir con mis obligaciones…

Erica le ofreció a Luca el vaso de café. Él le enseñó la taza que había cogido de una de las estanterías y que tenía pegada una etiqueta que decía «BRUZZO».

—Ah…, claro, tú y tu taza —dijo Erica, apartándose para que Luca se sirviera él mismo el café.

—¿Has podido pedirle a alguien que llevara a tu hijo?

—¡Ni hablar! —se indignó Erica—. Fui yo, como tenía planeado. La reunión de las nueve podía celebrarse perfectamente a las diez. Arson no tenía ningún inconveniente, y yo lo sabía. No teníamos que discutir la detención de Al Capone, Luca. Era una reunión de seguimiento sin importancia.

—A mí Arson también me saca de quicio a veces.

—Soy la primera que se esfuerza por hacer bien su trabajo —se quejó ella—. Mucho mejor que la mayoría de aquí, de hecho.

Era cierto. A veces parecía que Erica tuviera quince años de experiencia, y no dos.

Volvieron juntos a la sala de detectives. Erica le dijo a Luca que, finalmente, se había reunido con Arson a las diez, como ella había sugerido, así que era muy probable que el capitán estuviera en el edificio. Luca no lo vio en su despacho.

Antes de escribir sus informes en el ordenador tomó algunas notas en una libreta. No era la primera vez que pensaba en comprarse una grabadora portátil. De momento su memoria era buena, pero siempre había matices que se perdían en las transcripciones.

Se dedicó los siguientes minutos a elaborar una cronología de las visitas a Angela Stewart y a Patsy Malone, detallando los puntos más relevantes. En cuanto a la madre, añadió unas líneas indicando la intención de Amanda de comprar un coche. Junto a esta anotación, Luca escribió el nombre y el apellido de Samuel, el compañero del instituto. Respecto a Patsy, Luca escribió la siguiente frase: «Era como si ya no conociera a Amanda».

Durante la conversación con Robert Stewart, él había dicho algo parecido: «Es curioso lo poco que puedes llegar a conocer a tu propia hija».

Amanda era un enigma para sus seres queridos. Su amiga de toda la vida, su padre, incluso su madre había tenido discusiones con ella por sus nuevas amistades y algunas costumbres impropias de ella. De repente, Amanda se había vuelto una chica demasiado interesada en el dinero, algo que nunca antes le había importado.

Luca unió las dos frases con una flecha. Junto a las notas de la conversación con Robert anotó el nombre de Frank Appleby y un comentario sobre los zumos Sunny Sips. Tal vez más tarde los buscaría en

internet; tenía curiosidad por saber la envergadura del negocio que Appleby había creado de la nada.

Luca levantó la vista de sus notas con tan mala suerte que el que pasaba por el pasillo entre los escritorios era Morse.

—Hola, Bruzzo —lo saludó.

Él respondió al saludo e inmediatamente pensó en lo que el veterano le había dicho en la reunión con Arson: «No has podido explicar lo del espejo, Bruzzo. ¿Por qué llevaba la chica ese espejo?».

Odiaba admitirlo, pero Morse tenía razón. Nadie tenía ni idea de por qué Amanda llevaba consigo el espejo esa noche, en el parque. Ni las personas que la habían conocido de siempre, ni sus nuevas amistades de los últimos meses. Nadie.

¿Y si el asesino lo había dejado allí adrede, para despistar? A Luca esta posibilidad lo aterraba, porque significaba que se había equivocado al enfocar el caso desde el principio.

Maldito Morse, ahora me ha metido esta idea en la cabeza.

En ese momento llegó Arson y Luca se levantó sin dudarlo. No iba a retrasar más el encuentro.

—Capitán, ¿tiene un minuto?

—Hola, Bruzzo —dijo Arson, invitándolo a pasar con un gesto— ¿Es sobre el caso Stewart?

Ambos se sentaron, uno a cada lado del escritorio.

—Sí.

—No insista con…

—No es eso —lo detuvo Luca—. Sólo quería decirle que estoy de acuerdo en que habría sido precipitado detener a Blair. He reflexionado y tiene razón.

Arson no se esperaba eso. Su rostro se suavizó.

—Me alegra que lo vea así. ¿Ha averiguado algo más, Bruzzo?

—Todavía no, pero he estado preguntando en las farmacias de la zona, por si alguien recuerda a Amanda.

—¿Por si compró una prueba de embarazo?

—Exacto. Eso nos daría una idea de si sabía que estaba embarazada y desde cuándo.

—Buena idea.

—También he vuelto a hablar con sus padres. Les he dicho lo del embarazo.

Arson asintió en silencio.

Luca se levantó.

—Sólo quería que supiera que estoy haciendo todo lo necesario para avanzar en la investigación. Y que valoro la colaboración de Morse.

—Lo sé, Bruzzo, no necesito que venga a mi despacho a decirme que es un buen detective. No estaría aquí si pensara lo contrario.

—Gracias, capitán.

Luca dio media vuelta, pero se detuvo antes de salir. Su intención inicial había sido disculparse, pero…

—Necesito que me asegure que, si encuentro algo más contra Blair, lo detendremos.

—¿Cómo dice?

Luca se mantuvo firme.

—Capitán, necesito su compromiso de que llegaremos hasta el final con este tipo.

—Detective, no sé adónde quiere llegar. Por supuesto que llegaremos hasta el final con un asesino. Si es que Blair es un asesino.

—Lo digo por todo el asunto de que es el sobrino segundo del gobernador.

Arson lo miró con severidad.

—Bruzzo, se está metiendo en terreno peligroso. Haga su trabajo y reúna esa evidencia que usted dice. Y Hagamos de cuenta que esta conversación terminó hace dos minutos.

# 8

El parque Callegari tenía un lago artificial en el centro, una zona de juegos infantiles y unas rampas de *skate*. Luca lo había visitado dos veces a raíz del caso, pero siempre de día, cuando estaba lleno de niños que usaban la zona de juegos y de adultos que iban a trabajar o a alguno de los restaurantes de los alrededores.

De noche, era completamente diferente.

Luca estaba sentado en un banco, bajo la luz de una farola, y se preguntó por qué no había venido antes de noche. Aunque eran sólo las diez, y no la madrugada, la soledad era absoluta y cambiaba radicalmente su perspectiva de la escena del crimen. La escasa iluminación y los árboles frondosos creaban un ambiente opresivo. ¿En qué estaría pensando Amanda cuando aceptó ir por allí? No era un atajo a casa, así que debió ser una decisión consciente. Luca sólo encontraba una explicación para semejante imprudencia: que su agresor la acompañara y ella confiara en él.

Permaneció un buen rato allí, reflexionando sobre todo lo que había descubierto acerca de Amanda y su entorno en las últimas horas. Cuanto más profundizaba en su vida, más lejos se sentía de ella.

Su idea era recorrer el mismo camino que Amanda —aunque en sentido contrario— hasta llegar *a La Perla Negra.* Aunque había dos rutas posibles, Luca sabía cuál era la correcta gracias a la grabación de una cámara de seguridad que había captado a Amanda y a Tom Blair a pocos metros de la discoteca. Luca lamentó que no hubiera más cámaras de seguridad.

Se levantó del banco y caminó con las manos en los bolsillos de la chaqueta del traje que había llevado todo el día. Hacía más de doce horas que no volvía a casa.

Como esperaba, el camino estaba tan desierto como el parque. Fue más o menos a mitad de recorrido, parado en un cruce esperando a que el semáforo se pusiera en verde, cuando algo le llamó la atención al otro lado

de la calle, en una tienda de electrónica: *Kation Electronics*. En el escaparate vio todo tipo de aparatos modernos: cámaras de vídeo, reproductores de VHS y televisores. Pero en lo que se fijó Luca fue en una luz roja en el interior de la tienda que parpadeaba constantemente. Después de acercarse al cristal, confirmó lo que sospechaba: la cámara de vídeo grababa el interior de la tienda, pero también la acera.

No llevaba nada para anotar, pero usó una regla mnemotécnica para no olvidar el nombre de la tienda.

Era improbable que en la tienda conservaran las grabaciones de la noche del asesinato, pero lo intentaría al día siguiente. Ahora tenía que centrarse en La Perla Negra. Roger Ehrenreich —el empleado que había declarado que Blair había vuelto a la discoteca antes de la una— estaba de turno esa noche y Luca tenía la intención de hacerle una visita sorpresa para hablar con él.

Cuando llegó a la discoteca, había una cola de varias personas esperando para entrar, en su mayoría jóvenes de entre veinte y veinticinco años. El edificio de dos plantas era un bloque de hormigón sin ninguna decoración, aparte de unas letras sobrias en la fachada, tenuemente iluminadas por detrás. Luca siguió andando, pasó la entrada principal, llegó a la esquina y entró en un callejón donde estaba la entrada VIP.

A lo lejos vio a una pareja que hablaba con el empleado de la puerta, que no era Ehrenreich, sino un chico más bajo y corpulento. Luca maldijo para sus adentros. Había comprobado por teléfono que Ehrenreich estaba de turno, pero tal vez su estratagema de hacerse pasar por un amigo que quería darle una sorpresa no había funcionado tan bien como creía.

Cuando llegó, la pareja ya había entrado y el chico se bloqueó la entrada con las manos entrelazadas sobre el estómago.

—Buenas noches, señor.

—Busco a Roger Ehrenreich. Me dijeron que lo encontraría aquí.

El chico dudó un instante.

—Esto es una zona VIP. Dígame su nombre y miraré si está en la lista.

—Me llamo Luca Bruzzo, soy detective del Departamento de Policía de Los Ángeles. No hace falta que me busques en la lista. No me vas a encontrar.

Luca se dio cuenta de que el chico no llevaba mucho tiempo trabajando allí y no quería incomodarlo. Abrió la funda de su cinturón y sacó la placa.

El chico entró en el oscuro pasillo que tenía detrás. Cinco minutos después reapareció, acompañado de Roger Ehrenreich.

Luca sonrió ante el evidente fastidio que le causaba su presencia.

—Así que usted es el amigo que iba a venir a verme —dijo Ehrenreich.

Luca se encogió de hombros.

—¿Qué desea, detective?

—Entrar. Hablar contigo un momento.

Ehrenreich suspiró. Parecía sopesar sus opciones. El chico de la entrada observaba el intercambio, visiblemente incómodo.

—Pase —dijo finalmente Ehrenreich.

Subieron por unas escaleras alfombradas. A medida que se acercaban al piso de arriba, la música, primero un latido lejano, fue aumentando de volumen, aunque no llegó a ser ensordecedora, ni siquiera cuando abrieron la doble puerta que había al final. Al igual que con el parque Callegari, Luca había visitado la zona VIP de *La Perla Negra* durante el día. Ahora, con menos luz y mucha gente, el espacio parecía más pequeño que en sus recuerdos.

Ehrenreich le pidió que lo esperara en la larga barra que había a un lado. Luca observó a los clientes, distribuidos en varios reservados con capacidad para ocho o diez personas cada uno. Nadie se fijó en él, excepto un grupo de hombres, dos de ellos asiáticos, acompañados de mujeres mucho más jóvenes que ellos. Uno de los hombres no le quitaba ojo. Cuando sus miradas se cruzaron, Luca le dedicó una sonrisa.

Varias camareras con vestidos negros ajustados iban y venían con bandejas llenas de bebidas. A petición del hombre que no dejaba de mirarlo, una de las muchachas se le acercó y escuchó cuando le decía algo al oído. La muchacha asintió dos veces y se marchó.

Dos minutos después, la chica le ofrecía a Luca una copa de champán. Antes de que pudiera decir nada, el hombre que se la había enviado estaba a su lado.

—Ronald Blair —dijo, tendiéndole la mano—. Aún no hemos tenido el gusto de conocernos personalmente, detective Bruzzo.

Ahora que lo tenía cerca, Luca lo reconoció de las fotografías que había visto de él.

Luca le estrechó la mano y le explicó que estaba esperando a Roger Ehrenreich, algo que Blair, desde luego, ya sabía.

—¿Le importa acompañarme a mi despacho? Podremos hablar con más tranquilidad allí.

Luca lo observó un momento. Hablar con él podía ser incluso más interesante que hablar con Ehrenreich. Se levantó y lo siguió, dejando la copa de champán intacta en la barra.

Se dirigieron al otro extremo de aquel espacio irregular, con diferentes niveles y rincones. En un momento dado, se acercaron a una especie de terraza con vistas a la pista de baile, un piso más abajo, y después cruzaron una puerta que decía «PRIVADO».

—Adelante, detective —dijo Blair, abriéndole la puerta al final del pasillo.

Luca entró. El despacho era amplio e impersonal. En un sofá de la antesala, los esperaba Roger Ehrenreich con cara de pocos amigos.

Blair se sentó en uno de los sillones y Luca hizo lo mismo. Ahora que estaban en una habitación bien iluminada, Luca se fijó en el impecable traje blanco de Blair, el dueño de La Perla Negra y de, al menos, media docena de locales similares. Su piel lucía un bronceado perfecto y parecía que le acabaran de cortar el pelo. Aunque era casi treinta años mayor que su hijo, podría haber pasado por su hermano mayor.

Blair se inclinó hacia delante y abrió una caja de puros. Se la ofreció a Luca.

—Adelante, detective, coja uno.

Fue entonces cuando Luca supo que aquello no acabaría bien.

# 9

Blair echó el humo a un lado. Luego contempló durante unos segundos el puro que sostenía entre los dedos.

—Usted se lo pierde.

Luca lo observaba con expresión gélida. Detestaba a la gente que creía que podía controlarlo todo; si esa era la estrategia de Blair, esperaba que recapacitara a tiempo.

—Cualquier cosa que quiera hablar con Roger —dijo Blair—, puede hablarla conmigo también. Roger es como un hijo para mí.

—Pues el testimonio de su *hijo*, como usted le dice, es lo único que se interpone entre su otro hijo, el de verdad, y un serio problema. Lo curioso es que parece contradecir a todo el mundo. —Luca se giró hacia Ehrenreich —. Tú eres el único de todos los que estaban aquí esa noche que dice haber visto a Tom antes de la una de la madrugada.

Blair miró a Ehrenreich y asintió con suavidad.

—Ya se lo dije —dijo Ehrenreich—. A la una dejé la puerta y entré a supervisar el interior; por eso estoy seguro de la hora. Tom llegó cuando yo estaba en la puerta, no me cabe duda.

—Sí, ese cuento ya me lo sé.

—No es ningún cuento.

—Como sea. ¿Sabes qué pasa, Ehrenreich? Que si dices la verdad, podrías meter en un buen lío al hijo del dueño. Eso me preocupa.

—Detective —intervino Blair—, por favor, seamos razonables. Roger ya declaró cuando se lo pidieron. Tom estuvo aquí esa noche. No tiene nada que ver con lo que le pasó a esa chica. Como mucho, es responsable de haberla dejado cruzar sola ese parque, pero eso ya lo sabe. Discutieron y ella quiso irse sola.

Luca se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una hoja doblada por la mitad. Se la entregó a Ehrenreich.

—Ábrela, por favor. Dime si reconoces esto.

Blair se puso en guardia de inmediato. Dejó el puro en un cenicero de cristal.

—Sea lo que sea, Roger, no tienes que decir nada.

Ehrenreich desdobló el papel. Se quedó callado y miró a Blair con desesperación.

—Detective Bruzzo —dijo Blair—. Diga lo que tenga que decir. Roger no va a declarar nada más si no está presente su abogado. Le está diciendo la verdad y usted se empeña en jugar sucio.

—Ese es el extracto de la cuenta bancaria del señor Ehrenreich —dijo Luca—. Resulta que hay un ingreso de treinta y dos mil dólares. Curiosamente, el dinero procede de su cuenta, señor Blair.

Cualquier rastro de amabilidad desapareció del rostro de Blair. Se miraron fijamente, como dos pistoleros a punto de desenfundar.

—Roger, vuelve a tu puesto, por favor. Yo aclararé esto con el señor Bruzzo.

*Señor* Bruzzo. No *detective* Bruzzo.

Ehrenreich dejó el papel sobre la mesa y salió del despacho.

—¿Cree que voy a sobornar a un empleado con una transferencia bancaria desde mi propia cuenta?

—No lo sé.

—No lo sabe… Claro que no lo sabe. Si tuviera que sobornar a alguien, lo haría en privado, en efectivo, y usted no se enteraría ni por un puto papel ni por nada.

Blair se levantó. Fue al escritorio y volvió con un bolígrafo, que dejó junto al papel.

—Venga, Bruzzo, use ese papel para algo útil y escriba una cifra. ¿No ha venido para eso?

—¿Para hacer lo mismo que hizo con Ehrenreich? ¿Treinta y dos mil dólares para tapar un asesinato? Me parece un precio de risa.

Blair soltó una carcajada. Su dentadura perfecta brilló como una media luna en su rostro bronceado.

—Es usted un hombre joven, detective Bruzzo. Aún le queda mucho por aprender. Déjeme darle un consejo: escriba una cifra en ese papel, búsquese una novia y disfrute de las mejores vacaciones de su vida. Mi hijo no está implicado en el asesinato de esa chica, pero no me gustaría que siguiera husmeando. No es bueno para el negocio.

Luca cogió el bolígrafo, lo miró un instante y se lo devolvió a Blair. De todo lo que le había dicho, lo que más le molestó, curiosamente, fue lo de la novia; no porque Blair lo hubiera investigado, sino porque era algo en lo que Luca también pensaba a menudo.

—Voy a hacer como si no entendiera a qué se refiere.

Blair se mordió el labio. Miró a Luca y al bolígrafo alternativamente.

Con rabia, le arrebató el bolígrafo a Luca y se lo guardó en el bolsillo.

—Sabía que era usted de los que aún no entienden cómo funcionan las cosas. Ya lo hará. De todas formas, tenía que intentarlo, porque si algo he aprendido en esta vida…—Blair se inclinó y volvió a coger el puro. Dio varias caladas hasta que volvió a encenderse—. …es que me gustan los atajos. ¿Para qué dar un rodeo si puedes llegar al mismo sitio en un segundo?

—¿Esos treinta y dos mil dólares que le dio a Ehrenreich son un atajo?

—Ese dinero es para la madre de Roger. Le acabo de decir que es como un hijo para mí. Sólo tiene que atar cabos. Yo no lo voy a hacer por usted.

Luca intentó mantener la calma, pero la revelación lo inquietó ¿Roger era hijo de Blair? Es decir, ¿hermanastro de Tom?

—No se meta con Roger —añadió Blair—. Y piense en lo que le he dicho; es una oferta por tiempo limitado.

Luca se levantó. Sabía que Blair ya no tenía nada más que decirle. Lo saludó fríamente y salió del despacho.

A mitad del pasillo, estaba Ehrenreich, de pie como un niño castigado.

—Tú y yo tendremos que volver a hablar —dijo Luca al pasar.

Roger Ehrenreich no contestó.

Recorrió el camino en sentido inverso. Al bajar las escaleras, se dio cuenta de que la puerta de salida estaba cerrada. El mismo chico que lo había recibido la abrió para que Luca pudiera salir, todo ello sin mediar palabra.

Cuando Luca salió, la puerta se cerró de golpe tras él. Empezó a caminar por el callejón desierto, cuando, de repente, un brazo lo agarró por el cuello y una lluvia de puñetazos y patadas lo tiró al suelo.

# 10

—¿Detective Bruzzo?

Luca había conseguido ponerse de pie y caminar por el callejón hasta la calle. El dolor se concentraba en el lado derecho del cuerpo, sobre todo en el abdomen y el pómulo. Cuando logró incorporarse, vio que un grupo de chicas se había acercado a él.

—Detective Bruzzo, quizás no debería moverse.

Entre la luz de la farola que tenía justo enfrente y la hinchazón que empezaba a formarse en el ojo derecho, Luca apenas distinguía las siluetas de las chicas que tenía delante. Se tapó la cara con el único brazo que podía mover sin dolor, el izquierdo.

—¿Yanitza?

Yanitza Johnston, una de las amigas de Amanda en los últimos tiempos, y también de Tom Blair, lo observaba con preocupación. Otras dos chicas estaban detrás, con una expresión entre la curiosidad y el aburrimiento. *Quizás mi aspecto no es tan malo*, pensó Luca esperanzado.

—¿Quién te ha hecho esto? ¿Quieres que llame a la policía?

—No hace falta —dijo Luca—. Solo necesito un taxi.

—Yo te llevo —dijo Yanitza enseguida.

Una de las amigas puso los ojos en blanco. La otra le dijo directamente que estaba loca, que tenían que entrar ya en La Perla Negra.

Yanitza les respondió que podían ir solas y que ella volvería más tarde. Lo dijo con firmeza, de forma que no admitía réplica, y las despidió con un gesto de la mano.

—Tengo el coche en el aparcamiento —dijo sin esperar respuesta de Luca—. Espérame aquí.

Cinco minutos después, un impresionante Porsche 911 azul se detuvo en la calle. La puerta del copiloto se abrió y Yanitza le hizo señas a Luca para que subiera. Tenía tantas ganas de ir a casa y asearse que ni se le ocurrió rechazar la oferta y buscar un taxi.

El interior del coche estaba impregnado del exquisito perfume de Yanitza.

—¿Adónde te llevo?

Luca le dio la dirección en Wellington Heights y le agradeció. Ella le dijo que no se preocupara, que, en realidad, no tenía ganas de ir a La Perla Negra esa noche.

Yanitza y Luca ya habían hablado durante la investigación. La situación actual, por supuesto, era completamente diferente. Durante un rato viajaron en un silencio incómodo.

—Si te miro así —dijo Yanitza cuando llegaron al primer semáforo—, estás como siempre.

Él giró la cabeza para que su ojo derecho fuera visible.

—No es tan grave —dijo ella—. Ese ojo se recuperará. Dale unos días.

Yanitza era mayor que Amanda. Luca no recordaba con exactitud, pero creía que tenía veinticinco o veintiséis años. La impresión que le había causado cuando la conoció fue la de una chica de familia adinerada atrapada en un limbo entre la adolescencia y la edad adulta. Coches caros, viajes, salidas a discotecas con amistades diferentes y cada vez más jóvenes. ¿Pero quién era él para juzgarla? Apenas la conocía. Por lo pronto, se estaba tomando el tiempo para llevarlo a casa.

Cuando llegaron, ocurrió algo inesperado: Yanitza rompió a llorar.

—¿Qué ocurre?

—¿Puedo pasar? Quiero contarte algo.

El primer impulso de Luca fue decirle que podían hablar allí mismo, en el coche. Si sus cálculos eran correctos, él era seis o siete años mayor que ella; nadie pensaría mal si la invitaba a su casa en circunstancias normales. Pero la situación no era normal. Yanitza podía ser relevante para el caso.

—No me parece buena idea, Yanitza.

Ella lo miró con incredulidad. Las lágrimas habían estropeado su maquillaje.

Luca interpretó esa mirada como la de esa niña que él había imaginado, que está acostumbrada a siempre salirse con la suya y a que el resto le obedezca.

—Sólo quiero tomar un café —murmuró—, fuera de este maldito coche.

Luca también se sentía incómodo en el asiento del coche y ya no sabía cómo ponerse para aliviar el dolor. Además, quería limpiarse el ojo, que notaba cada vez más hinchado.

Dos minutos después, entraban en el salón. Luca se sintió obligado a disculparse por el desorden de las cajas apiladas por todas partes.

—Son cosas de mi madre. Aún no he tenido tiempo de ordenarlas.

Mentira. Lleva así más de un año.

Luca se quitó la chaqueta con dificultad y la dejó en el respaldo del sofá. Yanitza hizo lo mismo con la suya. Llevaba un top ajustado.

—Mientras te limpias ese ojo, yo preparo el café. La cocina está por ahí, ¿no?

Luca asintió y le explicó brevemente dónde encontrar todo, pero ella ya se dirigía a la cocina. Él se quedó mirándola, hasta que reaccionó y decidió ocuparse de su ojo.

En el baño de la planta baja, examinó la herida del costado, a la altura del abdomen. Tenía un hematoma incipiente, pero nada más. De pequeño se había roto un brazo y sabía que lo que sentía ahora no se acercaba a ese dolor en absoluto. El ojo estaba bastante hinchado, pero no era grave. Se lavó la cara con agua y volvió al salón, pero antes fue a buscar algo a otra de las habitaciones.

—¿Qué es eso? —preguntó Yanitza.

Lo esperaba sentada en el sofá, con el maquillaje arreglado y dos tazas de café en la mesa baja.

Luca apoyó la grabadora portátil sobre la mesa, junto a las tazas, y pulsó el botón de rebobinar. Al terminar, pulsó a la vez los botones de reproducción y grabación.

—Esto no es negociable, Yanitza.

Una pequeña luz se encendía con cada palabra. Por un momento, Luca pensó que ella se levantaría y se marcharía en su coche de lujo.

—Está bien —dijo en cambio.

—Hoy es sábado treinta y uno de octubre. Son las once y cuarenta de la noche. Dos personas me han agredido en la puerta de La Perla Negra y tú, Yanitza, has tenido la amabilidad de traerme a casa. Me has dicho que querías contarme algo relacionado con el caso, y estamos manteniendo esta conversación en el salón de mi casa.

Yanitza miraba la cinta a través de la tapa transparente de la grabadora. Las dos bobinas giraban lentamente, aunque una más rápido que la otra.

—¿Es realmente necesario?

—Sí.

Ella suspiró y se encogió de hombros.

—Lo que quería decirte es que, una vez, Amanda me pidió que la llevara a ese parque al salir de La Perla Negra.

—¿Cuándo fue eso?

Ella bebió un sorbo de café. Estaba haciendo memoria…

—No lo sé exactamente. Quizás un mes antes de que la mataran. Era sábado. Salimos de la discoteca y fuimos a mi coche; estábamos solas. Me pidió que la llevara a ese parque, porque sus abuelos vivían justo enfrente.

—¿Sus abuelos?

—Eso me dijo.

Luca sabía que los abuelos de Amanda, es decir, los padres de Angela, vivían en Texas. Robert, por su parte, se había criado en varios hogares de acogida durante breves periodos y no mantenía relación con ninguno de ellos; mucho menos Amanda.

En resumen, lo que Yanitza sugería no tenía sentido.

—Los abuelos de Amanda no viven aquí.

—Ahora lo sé. Hablé con su madre ayer y se lo pregunté.

Yanitza seguía mirando la grabadora, hipnotizada.

—Después de lo de Amanda —explicó Yanitza—, su madre y yo hemos hablado varias veces. Al principio, era ella la que me llamaba. Le gustaba que le contara cosas de su hija. Cosas sencillas, como una ida al cine o una salida al centro comercial. Cosas así.

Yanitza estaba a punto de llorar otra vez. Al parecer, la relación con Amanda, aunque breve, había sido más profunda de lo que Luca había supuesto.

—Cuénteme lo que recuerdas de ese día, por favor.

—Sólo eso. Me dijo que iba a ver a sus abuelos. No me extrañó demasiado. Amanda… solía avergonzarse de su casa; nunca me invitó y, cuando yo lo sugería, cambiaba de tema. Supuse que pasaría lo mismo con sus abuelos, así que insistí un poco y me fui.

Luca intentaba encajar esta nueva información. Evidentemente, alguien que no eran sus abuelos vivía cerca de ese parque. ¿Pero quién?

—Angela me contó lo del embarazo —continuó Yanitza—. Yo no lo sabía. Ahora pienso que quizás se veía con alguien.

—¿Alguien más aparte de Blair?

—Con Tom ya no se veían mucho. Tuvieron relaciones sexuales alguna vez, pero no eran novios.

—Tom Blair sostiene lo mismo —apuntó Luca.

La grabadora seguía registrando todo. Luca era consciente de que nada de aquello serviría para demostrar la culpabilidad de Tom Blair. Al contrario. Yanitza no sólo confirmaba la versión del chico de que la relación no era seria, sino que, además, presentaba la posibilidad de un novio misterioso.

Luca pensó en la paliza que le habían dado hacía un rato y en la oportuna aparición de Yanitza. Hasta ese momento, Luca había creído en su sinceridad, pero debía reconocer que su testimonio, justo en este momento, era cuanto menos sospechoso.

—¿Por qué te ocultaría Amanda que estaba saliendo con otro chico?

—No lo sé. Como tampoco sé por qué me ocultó que estaba embarazada.

—Estaba de pocas semanas —dijo Luca—. Quizás ni siquiera lo sabía.

Esa idea pareció tranquilizar a Yanitza, que aprovechó para terminarse el café. El de Luca seguía intacto a su lado.

Imprevistamente, Yanitza alargó el brazo y pulsó el botón de parar. La cinta dejó de girar.

—Esto que voy a decirte es *off the record*.

A Luca la frase le hizo gracia, pero se mantuvo serio.

—Yanitza, yo no soy periodista. Si lo que me dices es importante para la investigación, no puedo pasarlo por alto. Por el bien de ambos, mejor que sigamos grabando.

Luca se levantó para volver a poner en marcha la grabadora.

Yanitza lo agarró del brazo. Negaba con la cabeza.

Luca la miró fijamente.

—Está bien —dijo por fin—. Dime por qué llorabas en el coche.

—Porque sé que Tom no la mató.

# 11

Yanitza no volvió a llorar, pero la angustia no la abandonaría durante el resto del relato, sentada en el sofá y con la mirada fija casi todo el tiempo en la grabadora, cuya cinta ya no giraba.

—Desde pequeña he intentado llamar la atención —dijo Yanitza—. Era la típica niña rica, con todos los clichés habidos y por haber. Rebelde en el colegio, caprichosa con mis cosas, las amistades, los viajes, la comida… todo. Mis padres son tan previsibles e ineptos como cabría esperar. Mi madre nació en Panamá, pero vino aquí de recién nacida con su familia. Parece que, para los delirios de grandeza de mi abuelo materno, Panamá se le había quedado pequeño. Una vez instalados aquí conoció a mi abuelo paterno, se hicieron amigos, después socios, y compitieron sin cesar para ver quién tenía más dinero y más empresas. Finalmente, sus hijos, es decir, mis padres, que se conocían desde la cuna y a quienes todo el mundo les decía que estaban hechos el uno para el otro, cedieron, supuestamente enamorados, y culminaron así la *superfamilia* que habían soñado mis abuelos.

Luca escuchaba atentamente. Yanitza le había dicho, antes de empezar a hablar de su familia, que sabía que Tom Blair no había matado a Amanda. Aún no había revelado quién creía que lo había hecho. ¿Sería esta una confesión? ¿El pasado y los problemas de Yanitza podrían, de algún modo, haber desembocado en el asesinato de Amanda?

—Mi hermana Majandra es dos años menor que yo. Ella es perfecta, por supuesto. No causa problemas, es sumisa, agradecida y cumple todos los mandatos de la familia. Ella es, cómo no, la prueba viviente de que mis padres no son unos padres nefastos, sino que Yanitza es la problemática. Siempre ha sido así. Desde que tengo uso de razón, no he parado de oír cosas como: «¿Por qué no eres como Majandra, que se porta tan bien? Majandra es tan tranquila… tú, en cambio… Ojalá fueras un poco como Majandra. Majandra es tan adorable». Majandra. Majandra. Cuando

cumplí los doce, se hartaron y me mandaron a una psicóloga. Lisey se llama; una estafadora profesional. Hablábamos de cualquier cosa y le cobraba a mi padre trescientos dólares la hora. Debería haberle pedido comisión.

Yanitza parecía estar en trance. Las palabras salían de su boca cada vez más rápido. Luca se preguntó si sería conveniente sugerirle volver a encender la grabadora, pero temía que perdiera el hilo. O, peor aún, que se arrepintiera de lo que estaba a punto de contarle.

—Entonces hice lo que mejor se me daba: llevarles la contraria en todo. Desde los diez hasta los diecisiete años, mi casa fue un campo de batalla. Y mis padres, mis enemigos. Intentaba llamar la atención como fuera. De verdad que no tenía límites. Los regalos y las compras servían para distraerme, pero no por mucho tiempo. A los diecisiete, después de lo que para mí fue la batalla final, mi padre me compró un piso y me fui de casa. Tenía tarjetas de crédito y mucho dinero; era independiente. Por fin.

Yanitza se calló. Dejó de mirar la mesa y su mirada se perdió en el vacío.

—¿Conoces el experimento de las moscas en el frasco? —preguntó entonces. Parecía haber perdido la razón.

—¿Qué experimento?

—Meten unas moscas en un frasco con tapa. Las moscas no paran de volar, claro. Son muchas, así que forman una especie de nube que ocupa todo el frasco. Las dejan un buen rato, no sé cuánto, y luego le quitan la tapa al frasco…

—Y las moscas no salen —dijo Luca.

—Exacto —dijo Yanitza con los ojos desorbitados—. Las moscas llevan tanto tiempo volando en ese espacio limitado que siguen haciéndolo, sin siquiera comprobar que ahora pueden salir.

—¿Así te sentías tú cuando te fuiste de casa?

—Sí. Había pasado tantos años buscando la forma de meter la pata que necesitaba seguir haciéndolo. Incluso ahora, sólo pienso en acostarme contigo.

Luca no supo qué responder. Ella se lo quedó mirando.

—Bueno —dijo él finalmente—, para resolver un problema, primero…

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? Acabo de decirte que quiero tener sexo contigo, que nos quitemos la ropa aquí mismo y follemos entre las

cajas de tu madre— Yanitza se echó a reír—. Es broma —añadió—. Pero sirve para ilustrar cómo funciona mi cabeza. Mis ideas son como las moscas del experimento, buscando constantemente la manera de joder a los demás.

Yanitza se encogió de hombros.

—Al final, la única perjudicada soy yo. —La expresión de Yanitza volvió a tornarse triste—. Amanda era una buena amiga. No nos conocíamos desde hacía mucho, y quizás eso era lo mejor. Tom nos presentó y de inmediato nos hicimos amigas. Amanda soñaba con tener lo que yo tenía. Y yo, con tener una amiga como ella.

Yanitza estaba otra vez a punto de llorar.

—¿Quién mató a Amanda? —preguntó Luca.

—No sé quién la mató —dijo ella—. Solo sé que Tom no lo hizo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Tom volvió a La Perla Negra sobre la una, como él dice.

—Antes dijiste que no lo habías visto.

—Mentí. ¿Te extraña después de todo lo que te he contado?

Yanitza suspiró.

—Tom y yo tuvimos sexo esa noche.

—¿En La Perla Negra?

—Sí.

Luca estaba perplejo.

—Yanitza, ¿estarías dispuesta a declarar que Tom llegó a *la discoteca* a la una?

—Sí.

¿Por qué iba a mentir Yanitza?

Aunque Luca sabía que la familia Blair era capaz de intentar sobornar a alguien para limpiar la imagen de Tom —su propia experiencia de hacía unas horas lo demostraba—, estaba claro que, con Yanitza, el dinero no sería un incentivo.

¿Entonces?

—No lo entiendo, Yanitza. ¿Por qué no lo dijiste antes? Tom Blair podría haberse metido en un lío.

—Tom es la menor de mis preocupaciones.

Yanitza se levantó.

—Espera, no te vayas.

—He dicho todo lo que quería. El resto, ya lo entenderás cuando llegue el momento.

Cogió el bolso y se dirigió a la puerta.

Luca la siguió e intentó convencerla de que le dijera el resto, pero ella se mostró firme.

—Adiós, Yanitza. Gracias por traerme.

Ella lo miró por última vez, le dedicó una leve sonrisa y se fue.

# 12

Luca estaba redactando el informe de un caso de robo pero no podía dejar de pensar en Amanda Stewart. Hacía cuarenta y ocho horas que había hablado con Yanitza en su casa y todavía no había hecho nada al respecto. Lo lógico hubiera sido llamarla formalmente y pedirle que rectificara su declaración anterior, y si no lo había hecho todavía era porque algo no le cuadraba. La propia Yanitza le había dicho que lo entendería cuando llegara el momento. Por más vueltas que le daba, no se imaginaba a qué podía haberse referido.

Por otro lado, el intento de soborno de Ronald Blair no era un asunto trivial. Cabía la posibilidad de que sólo quisiera que Luca dejara en paz a su hijo, simplemente por el daño que podía causarle a la familia, como él le había dicho, pero lo más sensato era suponer que Tom Blair estaba implicado en la muerte de Amanda, directa o indirectamente.

Y también estaba Ehrenreich, claro, el portero de la zona VIP esa noche y, posiblemente, hijo de Ronald Blair con otra mujer. ¿Sería posible?

Luca empezaba a sospechar que todos se habían puesto de acuerdo para lanzar huesos en varias direcciones y ver cómo se alejaba cada vez más de la verdad.

—¿Qué tal ese ojo?

Luca giró la silla. Arson estaba detrás.

—Mejor —respondió.

—Me alegra.

Cuando Arson se fue a su despacho, Erica, que estaba sentada justo enfrente, asomó la cabeza por encima del panel separador.

—¿No se lo vas a decir? —preguntó, señalando disimuladamente el ojo de Luca.

—Todavía no. Ni siquiera yo sé si tiene algo que ver con el caso.

Erica hizo una mueca. ¡Por supuesto que estaba relacionado!

—Ya lo sé, ya lo sé —se defendió Luca—. Estoy replanteándomelo todo. Mi principal sospechoso ya no parece tan sospechoso.

Erica volvió a su trabajo. Luca se disponía a seguir con el informe cuando sonó el teléfono.

—¿Sí? —respondió—. ¿Quién? —El rostro de Luca se transformó—. Sí, claro, señor Jackson, claro que lo recuerdo.

Al ver la repentina excitación de Luca, Erica volvió a asomar la cabeza.

Luca escuchó a su interlocutor durante casi un minuto.

—¡Genial! Sí, por supuesto. Voy para allá ahora mismo. Gracias, señor Jackson.

Luca colgó y celebró la noticia con una seguidilla de puñetazos cortos al aire.

—¿Quién es Jackson? —preguntó Erica.

—Luego te cuento.

Luca cogió la chaqueta del respaldo de la silla y salió.

Jackson era el dueño de *Kation Electronics*, la tienda cerca del parque Callegari donde Luca había visto la cámara de seguridad. Cuando Luca lo había llamado, el hombre no se había mostrado muy optimista. Le explicó que tenían diez cintas en las que grababan cíclicamente, por lo que la grabación de esa noche en particular se habría borrado varias veces.

Luca aparcó a un par de calles de la tienda. No quería hacerse demasiadas ilusiones, pero, si conseguía una imagen de esa noche en la que se viera a Amanda con Tom Blair, la investigación daría un giro radical. *Kation Electronics* estaba más allá del sitio donde él aseguraba haberse despedido de ella.

En la tienda había algunos clientes y varios vendedores. Luca habló con uno de estos últimos, que lo acompañó hasta el despacho de Jackson, en la parte de atrás. El hombre, de unos sesenta años, regordete y con grandes ojos azules, se levantó apresuradamente para recibirlo e invitarlo a sentarse. Por el desorden de su despacho, estaba claro que no solía recibir visitas.

—Cuénteme qué ha pasado —dijo Luca sin ocultar su ansiedad.

—Como le dije por teléfono —explicó Jackson con una voz que en persona era aún más aguda que por teléfono—, tenemos cinco cintas de VHS para cada una de las dos cámaras.

Mientras hablaba, Jackson jugueteaba con una cinta VHS en la que ponía: «CÁMARA #2». Luca sintió la necesidad de arrebatársela y salir corriendo.

—Por teléfono me dijo que cada cinta se regrababa cada cinco días.

La cara de Jackson se iluminó. Parecía un bebe gigante al que le ofrecen su juguete preferido. Por alguna razón, el hombre estaba entusiasmado por colaborar con la policía. De vez en cuando Luca se encontraba con gente así. Era como encontrar una aguja en un pajar.

—En teoría, sí —dijo Jackson—. Pero, después de su llamada, decidí comprobarlo. Por si acaso. ¿Y sabe qué?

Luca no respondió. Jackson seguía con el misterio, y Luca tenía ganas de gritarle que fuera al grano de una vez.

—Pete, uno de mis nuevos empleados, es el que se encarga de las cámaras. Resulta que ha habido una confusión y ha estado grabando en la misma cinta una y otra vez. ¡No sabía que había más!

Luca se quedó de piedra. Bajó la vista de Jackson a la cinta VHS que giraba en sus manos rollizas.

—¿Quiere decir que hay una cinta con la grabación de lo que pasó el sábado veintidós por la noche?

—¡Exacto! —exclamó Jackson, riendo—. Si Pete hubiera hecho las cosas como se suponía que debía, usted no tendría esta cinta. No es culpa suya, claro. Seguro que nadie se lo ha explicado bien.

Jackson le dio la cinta.

—¿Y ha dicho que se ve la calle?

—Esa es la idea.

Luca se quedó mirando la cinta VHS que tenía en las manos. Ahí podía estar la clave para incriminar a Tom Blair de una vez por todas.

—¿Detective… esto podría tener algo que ver con el asesinato de la chica del parque Callegari?

Luca miró a Jackson con severidad. Lo que menos necesitaba era que se filtre algo así.

—Perdone —se disculpó el hombre—. A lo mejor podemos ayudarle de alguna otra manera.

—Ya ha hecho suficiente —dijo Luca.

Mientras lo acompañaba a la salida, Jackson comentó algo casi al pasar que desanimó a Luca de inmediato:

—Espero que tenga suerte y que lo que busca coincida con los tiempos de grabación.

—¿A qué se refiere?

—La cámara graba fragmentos de cinco minutos, cada quince minutos.

Luca se paró en seco. Estuvo a punto de pedirle más explicaciones a Jackson, pero incluso él, que de tecnología no entendía mucho, sabía que esas cintas podían grabar dos o tres horas.

—Pensaba que lo sabía —dijo Jackson, consternado—. Graba bloques de cinco minutos cada quince minutos. Se supone que nadie puede robar una tienda en menos de ese tiempo. Para eso están las cámaras.

Luca podía no saber nada de tecnología, pero sí era bueno con las matemáticas. Tenía un veinticinco por ciento de probabilidades de que las cámaras de *Kation Electronics* hubieran grabado a Amanda esa noche.

Volvió al coche con una sensación agridulce. Había pasado de tener la grabación de esa noche a… bueno, a la *posibilidad* de tenerla.

No le apetecía volver al cuartel a ver la cinta. Además, estaba más cerca de su casa, así que fue directamente allí.

Una vez en casa, se sentó frente al reproductor de vídeo. Metió la cinta, que desapareció en la ranura con una serie de ruidos mecánicos. Enseguida, apareció en la pantalla una toma en altura en la que se veía parte del escaparate de *Kation Electronics* y la acera justo delante. Como la fachada estaba bien iluminada, la calidad de la imagen era bastante buena. Luca se permitió un poco de optimismo. Si la cámara había grabado a Amanda esa noche, tendría una imagen nítida.

La grabación empezaba a las 19:00. Luca se quedó mirando. La calle estaba relativamente transitada y se dio cuenta de que no sólo era posible distinguir detalles de la gente, sino también sus expresiones. Si fuera necesario, serviría para saber cómo estaba Amanda esa noche.

A las 19:05, la imagen saltó. De repente, el reloj de la esquina marcaba las 19:20.

Quince minutos perdidos.

Paró la cinta y adelantó aproximadamente un tercio. Amanda había salido de La Perla Negra con Tom Blair a las 00:40. Unos diez minutos después, según la declaración de Tom, habían discutido y él había vuelto a la discoteca.

Luca volvió a darle al *play*. Se oyó de nuevo el mismo ruido mecánico al desplegarse la cinta y la acera volvió a aparecer en la pantalla.

Según el reloj eran ahora las 00:30. Luca contuvo el aliento. Aún faltaban diez minutos para que Amanda y Tom salieran de la discoteca. Se quedó mirando, esperanzado, porque si el corte se producía pronto, era muy probable que Amanda apareciera en el siguiente bloque.

A las 00:32, la imagen tembló y el reloj saltó a las 00:47.

La calle estaba desierta. Era ahora o nunca. Si en los próximos cinco minutos no pasaba nada…

Luca estaba pegado a la pantalla del televisor, casi a punto de ser absorbido por ella, como en esa película de terror en la que la niña entra en otra dimensión.

Y, de repente…

# 13

Luca y el capitán Arson estaban reunidos en la sala. En un rincón, estaba el mueble con el televisor y el reproductor de VHS. El capitán volvió a mirar la imagen congelada en la pantalla, en la que aparecían Amanda Stewart y Tom Blair caminando con el rostro serio.

—No lo veo claro, detective. No es una prueba concluyente.

—Capitán, mire. —Luca le enseñó el mapa que estaba en el expediente —. Aquí está la cámara que grabó estas imágenes. A seis calles de La Perla Negra. Tom Blair declaró que sólo acompañó a Amanda tres calles. ¡Nos mintió!

El capitán se frotó la frente.

—Quizás la acompañó hasta el parque Callegari y no quiso reconocerlo.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Bruzzo, el asesinato tuvo lugar en el parque Callegari. No tenemos ninguna prueba sólida que relacione a Blair con el crimen.

Luca se levantó y señaló la pantalla.

—¿Y qué me dice de la mochila de Blair? Nunca nos dijo nada al respecto. Podría haber escondido el arma homicida dentro. Vamos, capitán, sólo digo que tenemos suficiente para detenerlo y que nos explique por qué mintió sobre la hora en la que volvió a la discoteca.

Arson parecía estar considerándolo seriamente. Luca sabía que era el momento de atacar.

—Hay algo más, capitán. Hace un par de días fui a La Perla Negra a hablar de nuevo con Ehrenreich, el portero. Al final, hablé con Ronald Blair, que intentó sobornarme para que mirara para otro lado.

—¿Lo de su ojo tiene que ver con ese encuentro, Bruzzo?

—Sí. Supongo que fue su manera de demostrar su descontento con mi negativa. Me dio un papel en blanco y me dijo que escribiera la cantidad que quisiera. Ah, y otra cosa… Ehrenreich, el único que dice que Tom volvió a la discoteca a la una, también es hijo de Ron Blair.

Arson frunció el ceño.

—¿O sea, hermanastro del sospechoso? Eso afecta seriamente a su credibilidad.

—Sin duda. ¿Qué opina, capitán?

—No lo sé. Blair tiene contactos en el departamento —dijo Arson.

Luca se sentó lentamente. Había supuesto que Blair estaría presionando de alguna manera, pero era la primera vez que Arson lo reconocía.

—No se equivoque, detective —continuó Arson—. Eso no influye en mis decisiones. Pero quiero que sepa que, en cuanto detengamos a Tom Blair por el asesinato de esa chica, van a acribillarme a preguntas. Si las cosas no son como usted dice… vamos a tener serios problemas.

—Capitán, Tom Blair nos mintió —replicó Luca, señalando la pantalla—. Tenemos una prueba irrefutable de que no dijo la verdad. No tenemos nada que temer.

—No estoy seguro.

Luca jugó su última carta.

—Además, estoy seguro de que Tom Blair sabía lo del embarazo de Amanda.

Arson se lo quedó mirando.

—Algo así podría terminar complicar seriamente a Blair—dijo el capitán —¿Puede demostrarlo, Bruzzo?

—Sí.

—Dígame cómo y puede que termine de convencerme.

# 14

Luca y Erica Sanders detuvieron a Tom Blair por el asesinato de Amanda Stewart el 5 de noviembre. Blair estaba en su piso y no se resistió. Escuchó sus derechos y permaneció callado durante todo el trayecto en el coche patrulla hasta el Parker Center.

—¿Estás seguro de que no quieres que esté presente en el interrogatorio? —preguntó Erica.

Estaban en la sala de detectives. El abogado de Blair, Joseph Morris, ya estaba en el edificio y Luca tenía previsto reunirse con él en un momento.

—No hace falta, Erica. Gracias. Lo tengo todo controlado. Sólo necesito mostrarle a Blair la grabación de esa noche y demoler su credibilidad.

Luca miró en dirección al despacho del capitán.

—¿Va a ir contigo? —preguntó Erica, refiriéndose a Arson.

—Me temo que sí. Ha insistido en presenciar el interrogatorio.

En ese momento, Arson salió de su despacho, más serio que de costumbre. Buscó a Luca con la mirada y le hizo un gesto para que se acercara. Luca empezó a recoger sus notas de la mesa.

—Suerte —dijo Erica.

—Gracias.

Luca y Arson se dirigieron juntos a los ascensores.

—Ya está —dijo Arson.

—¿El qué?

—La primera llamada, Bruzzo —dijo Arson—. Lo que te dije que pasaría. Cuando le tocas las narices a cierta gente, siempre hay alguien que llama.

—¿Quién?

—Mejor no saberlo.

Luca rara vez lo había visto tan preocupado. Arson solía ser un hombre conciliador, que buscaba el consenso y procuraba llevarse bien con Dios y

con el Diablo. La detención de Blair, con contactos nada menos que con el gobernador, lo ponía en una situación a la que no estaba acostumbrado.

Entraron en el ascensor y Luca pulsó el botón del primer subsuelo.

—Esperemos que no me arrepienta —dijo Arson, más para sí mismo que para Luca.

El primer subsuelo era una de las zonas más seguras y vigiladas del edificio. Pasaron un control de seguridad y una puerta de acceso restringido para llegar a un área común con escritorios y varias salas de reuniones. El agente encargado de Blair les dijo que el abogado los esperaba en una de las salas y que estaba bastante molesto porque sólo le habían permitido hablar con su cliente quince minutos.

—Conozco a Morris —dijo Arson mientras iban a la sala—. Voy a hablar con él para que se calme.

Luca no estaba cómodo con la presencia del capitán. Aunque estaba seguro de su trabajo, se sentía observado, y eso no le gustaba. Asintió en silencio y no volvieron a hablar hasta que entraron en la sala donde estaba Morris.

—Capitán Arson —dijo el abogado en cuanto lo vio entrar—. Qué sorpresa.

Morris rondaba los cincuenta, sólo delatados por algunas canas al costado de la cabeza. Vestía un traje gris impecable y Luca estaba seguro de que, si revisaba su maletín, encontraría un frasco de colonia. Cuando extendió el brazo para saludar al capitán, un reloj de oro apareció en su muñeca. No era el único detalle ostentoso: en la mesa había una libreta de piel y una pluma con una piedra preciosa incrustada.

El saludo entre ambos fue indescifrable. No mostraron una gran confianza, pero tampoco hostilidad. Arson no había aclarado qué tipo de relación tenían.

Luca estaba preparado para que el abogado lo tratara con desdén, y Morris efectivamente apenas lo miró mientras le estrechaba la mano y centraba su atención exclusivamente en el capitán.

Luca dejó la carpeta sobre la mesa y se sentó. No le importaba que aquellos dos tuvieran su momento. Morris podía usar todos los trucos psicológicos que quisiera; cuando el testimonio de su cliente quedara en ridículo, sus estratagemas de abogado no le servirían de nada.

—Arson, no tengo mucho tiempo —dijo Morris con un gesto de impaciencia. Abrió los brazos como para abarcar la pequeña sala—. ¿Qué significa todo esto? Es un error que aún estamos a tiempo de subsanar.

—Morris, necesitamos interrogar a Tom Blair para aclarar algunos aspectos de su declaración.

Luca cerró los ojos un instante. Tenía que sacar a Arson de allí cuanto antes y hacerse cargo él mismo del interrogatorio.

—¿Aclarar algunos aspectos? Han detenido a mi cliente, y espero que estén preparados para las consecuencias. Esto es un disparo al aire y van a meterse en un buen lío.

—Tenemos cuarenta y ocho horas para presentar cargos —intervino Luca.

Morris seguía sin mirarlo.

—Conozco la ley. Arson, en serio, ¿a qué viene todo esto?

—Si Blair es inocente, seguro que hará todo lo posible para ayudarnos a esclarecer el asesinato de Amanda Stewart.

Arson se levantó.

—Espere, capitán —Morris hizo una pausa dramática y miró su reloj—. Antes de las cinco de la tarde, mi cliente estará en casa. A menos que puedan ubicarlo en el lugar de los hechos o tengan el arma homicida, cosa que, obviamente, no tienen porque es inocente, no hay motivo para que esté aquí. Ambos lo saben.

—¿Ha terminado, señor Morris? —preguntó Luca—. Su cliente lo espera. Estaré con ustedes en unos minutos.

Por primera vez, el abogado le dedicó a Luca una mirada de halcón. Tras otra de sus esperas teatrales, se levantó, abrió su maletín y guardó la libreta y la estilográfica.

—Caballeros, no podrán decir que no he intentado solucionarlo por las buenas y evitarles un disgusto.

# 15

Luca entró en la sala de interrogatorios. Tom Blair y su abogado, Joseph Morris, ya estaban allí.

Tom, con el pelo largo hasta los hombros como muchos chicos de su edad, lo llevaba recogido en una coleta tirante que dejaba al descubierto el tatuaje del cuello: una referencia a *The Smashing Pumpkins*. En el brazo derecho tenía tatuada una rana verde.

—Thomas Blair, quedas notificado de que este interrogatorio se está grabando —dijo Luca, señalando el espejo que había detrás.

Dejó la carpeta sobre la mesa y carraspeó.

—¿Sabes que Amanda estaba embarazada, Tom? —preguntó Luca.

Blair abrió los ojos como platos. La pregunta era una trampa, pues Luca ya le había hablado a Morris sobre el embarazo, y era evidente que este lo había comentado con su cliente.

—No lo sabía —respondió Blair.

—¿Crees que ese hijo era tuyo?

Morris abrió las manos en señal de protesta.

—Vamos, Morris —dijo Luca con calma—. Esto no es un juicio. De todas formas, voy a reformular la pregunta para que nadie se inquiete. Tom, ¿Amanda y tú manteníais relaciones sexuales?

—Sí.

—O sea, que podrías haber sido el padre del bebé, ¿no?

—Detective —intervino Morris—, haga preguntas concretas, por favor. Mi cliente ya le ha dicho en otras ocasiones que mantenía relaciones con la señorita Stewart. No es ningún secreto.

—¿Cuántas veces?

Blair miró a Morris, contrariado. El abogado se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Señor Morris —dijo Luca—, le voy a pedir que se abstenga de hacer gestos. Francamente, no sé si es usted plenamente consciente de la

gravedad de las acusaciones.

Morris le indicó a Blair que podía responder a la pregunta.

—Muchas veces, no sé cuántas. Al principio eran varias veces a la semana. Los últimos dos meses… no sé, cuatro o cinco veces en total.

—¿Usabais algún método anticonceptivo?

—Amanda tomaba la píldora.

—Entonces, la respuesta es sí, habíais acordado cómo evitar un embarazo no deseado. Fue una decisión conjunta.

Tom no respondió.

—¿Fue una decisión conjunta? —insistió Luca.

—Tom, no contestes —intervino Morris—. Detective, mi cliente ya le ha dicho que la señorita Stewart tomaba la píldora anticonceptiva.

—Y Tom estuvo de acuerdo —dijo Luca—. Me parece importante establecerlo. Es razonable suponer que, si hablasteis de cómo evitar un embarazo, también habríais hablado sobre qué hacer si Amanda se quedaba embarazada. ¿Eso no ocurrió?

—No.

—¿Nunca te lo insinuó, o lo sospechaste? Náuseas, mareos, malestar… ¿nada?

—No. Como ya le dije, los dos últimos meses casi no nos veíamos.

—Muy bien. ¿Conoces la farmacia del centro comercial Liberty?

Tom guardó silencio.

—Vamos, Tom. Seguro que la conoces. Vas al gimnasio de ese centro comercial; la farmacia está justo al lado.

—Sí, la conozco.

—Estupendo, porque uno de los empleados de esa farmacia dice que fuiste a comprar una prueba de embarazo doce días antes del asesinato de Amanda. Lo recuerda porque él también es fan de *Silverchair* —Luca señaló el tatuaje de la rana que Tom tenía en el brazo— e intentó entablar conversación contigo porque te notó nervioso.

—No contestes, Tom.

—No hace falta. El farmacéutico te ha reconocido en una foto sin ninguna duda. Incluso tenemos una copia del recibo: una prueba *Clearblue* por nueve noventa. Pagaste en efectivo.

—Necesito hablar con mi cliente en privado —dijo Morris con una tranquilidad que a Luca le resultó forzada.

—Por supuesto.

Luca se levantó y pulsó un botón que había sobre la mesa. Se encendió una luz roja que indicaba que la conversación dejaría de grabarse.

—Caballeros, tenéis cinco minutos.

A continuación, Luca salió de la sala y fue a la habitación contigua, donde esperaba encontrar a Arson. El capitán en efecto estaba allí, pero con alguien más. Su primera reacción fue preguntar qué demonios hacía Morse en la sala contigua, pero se contuvo. Acababa de darle el primer golpe a Blair y quería saborear el momento.

—¿No ha sido demasiado precipitado, detective Bruzzo? —preguntó Arson.

—¿A qué se refiere, capitán?

Al otro lado del cristal, Blair y Morris hablaban muy cerca, casi en secreto. Blair estaba encorvado y negaba con la cabeza, incapaz de esconder su nerviosismo.

—Me refiero a si no ha dado el primer golpe demasiado pronto —dijo el capitán—. Quizás ahora se niegue a hablar.

Morse permanecía apoyado contra la pared lateral con los brazos cruzados, inmóvil como una estatua. Luca intuía que el capitán repetía lo que le había dicho el detective antes de que él entrara.

—Mi plan era atacar por sorpresa. Necesitaba que negara saber lo del embarazo. En un interrogatorio hostil, probablemente no lo hubiera hecho.

El capitán reflexionó sobre el asunto.

—Puede que tenga razón. Aun así, hay algo que no me cuadra. Morris no da puntada sin hilo. Algo se trae entre manos.

—El abogado no deja de tocar su maletín —dijo Morse.

Arson y Luca se volvieron a mirarlo.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Arson.

—Es como si quisiera advertirnos de algo —dijo Morse.

Al otro lado del cristal, Morris hizo un gesto para indicar que ya estaban listos.

—Voy a por un café —dijo Luca—. No les vendrá mal esperar un poco.

En lugar de ir a la sala de descanso del subsuelo, volvió a la división de Robos y Homicidios y se preparó un café en su taza preferida.

Cuando volvió a la sala de interrogatorios, había pasado más de media hora y Morris estaba furioso.

—Disculpad la tardanza —dijo Luca—. Es que no me gustan los vasos de plástico. No hay nada como el café en una taza de verdad.

Luca bebió un sorbo de café y pulsó el botón para reactivar el micrófono.

—¿En qué estábamos? Ah, sí, cuéntame, Tom, por qué compraste esa prueba de embarazo en el centro comercial Liberty.

Morris habló con voz pausada, todavía envuelto en su aura perfumada.

—Detective Bruzzo, mi cliente no va a responder a esa pregunta. Estoy seguro de que mucha gente compra esas pruebas a diario.

—¿Con un tatuaje de una rana verde en el brazo? —se burló Luca.

Blair permaneció callado.

—Muy bien. Cuéntame entonces qué sucedió la noche del veintidós en La Perla Negra.

El alivio de Blair fue evidente. Para esta pregunta sí estaba preparado, por supuesto.

—Estaba con unos amigos en la zona VIP cuando llegó Amanda. Yo ya sabía que vendría a buscarme. Durante la semana me había estado dejando mensajes en el contestador diciendo que necesitaba hablar conmigo. Yo quería dejar de verla, pero ella insistía, decía que estábamos hechos el uno para el otro y cosas así. Empecé a darme cuenta de que a Amanda le importaba más el dinero de mi familia que tener una relación sincera conmigo.

Era la primera vez que Blair caracterizaba a Amanda como una persona interesada en el dinero de la familia. A su pesar, Luca tuvo que reconocer que Yanitza le había dicho lo mismo.

—¿Por qué no podías dejar de verla?

—Bueno… —Blair se reacomodó en el asiento—. Amanda era muy guapa. Era difícil decirle que no. El problema era que queríamos cosas diferentes. Ella quería algo formal, a largo plazo. Yo quería pasármelo bien.

—¿Amanda era un problema para ti?

—No —se indignó Blair.

—Eso es lo que me acabas de decir.

—No, bueno… no quise decir eso. Amanda era muy posesiva. Me llamaba constantemente. No aceptaba que yo quisiera algo diferente.

—Entonces, Amanda te dejó varios mensajes en el contestador porque necesitaba hablar contigo. ¿Por qué borraste esos mensajes?

—Siempre los borro después de escucharlos.

—¿Te dijo de qué quería hablar?

—No.

—Hay algo que no entiendo. Si ya te había dejado varios mensajes y la evitabas, ¿por qué accediste a verla esta vez en La Perla Negra? ¿Qué fue diferente?

—En el último mensaje estaba llorando desconsoladamente.

Otro detalle nuevo. Blair pareció realmente afectado mientras lo recordaba. O tenía talento para la interpretación o verdaderamente ella lo había llamado llorando. De lo que Luca estaba seguro era de que Blair mentía sobre desconocer el motivo.

—¿Qué hiciste?

—El viernes llamé a su casa. No estaba, así que le dije a su madre que al día siguiente estaría en La Perla Negra, por si quería verme allí.

Eso era cierto. Ángela también le había hablado de ese mensaje.

—Volvamos a esa noche. ¿Qué hiciste cuando viste a Amanda?

—Bajé a buscarla.

—¿A qué hora fue eso?

—Sobre las doce y media.

—Y dices que fuiste a buscarla a la pista, a pesar de que, como has dicho, intentabas dejar de verla desde hacía semanas.

—Ya le dije, la noté mal en el último mensaje y me preocupé.

—¿Qué pasó cuando te reuniste con ella?

—Le dije que podíamos ir a otro sitio a hablar, y aceptó. Salimos de la discoteca alrededor de las doce y cuarenta.

Lo que Tom Blair no sabía, ni entonces ni ahora, era que una de las dos cámaras de *Kation Electronics* lo había grabado caminando con Amanda apenas ocho minutos después. Luca sentía un subidón de adrenalina, pero sabía que debía mantener la calma y esperar el momento oportuno para enfrentar a Blair con la verdad.

—Amanda había bebido un poco y le propuse ir andando a casa de su abuela, como ya habíamos hecho otras veces.

Luca se alarmó. Blair no había mencionado en su declaración anterior que fueran a casa de la abuela de Amanda. Una abuela que, por otro lado, no existía.

—Un momento —lo interrumpió Luca—. La única abuela de Amanda vive en otro estado. Nunca antes habías mencionado a una abuela.

Morris, que llevaba un rato callado, se limitó a repetir el mismo gesto de antes: puso la mano sobre el maletín, como si escondiera un secreto importante.

Luca intentó concentrarse en Blair. La mención de la abuela también había aparecido en el relato de Yanitza. *Ya lo entenderás cuando llegue el momento*, le había dicho la chica en su casa. La coincidencia no le gustaba en lo más mínimo. Suponer que Amanda les hubiera contado la misma mentira a Tom Blair y a Yanitza no era descabellado. Lo que le preocupaba a Luca era que ambos lo hubieran recordado de repente.

¿Y si Yanitza y Blair se habían puesto de acuerdo?

—Me dijo que su abuela vivía allí —dijo Blair—. La acompañé tres o cuatro veces. A Amanda le gustaba pasear.

—¿Podrías identificar la casa?

—No, porque nunca llegué a la puerta. Amanda ponía excusas para despedirse antes. Ella… —Blair hizo una pausa— sentía vergüenza de dónde vivía. Supuse que con su abuela sería igual.

La misma explicación que Yanitza.

—A ver si lo entiendo —dijo Luca—. Salisteis de La Perla Negra para hablar, y le propusiste ir a casa de su abuela y ella aceptó. Eso fue sobre las doce y cuarenta.

—Correcto.

—¿Qué pasó después?

—Empezamos a discutir.

—¿Sobre qué hacer con el embarazo?

Morris intervino:

—Mi cliente niega categóricamente tener conocimiento alguno sobre ese embarazo. Le ruego, detective Bruzzo, que deje de mencionarlo.

—¿Y por qué discutíais entonces?

—De lo mismo de siempre. Amanda quería que todo volviera a ser como antes. Estaba obsesionada. Cuando me di cuenta de que era la misma historia, volví a La Perla Negra.

Luca abrió la carpeta que tenía delante. Sacó una copia en blanco y negro de un mapa de la zona. La discoteca estaba marcada en azul, y el parque Callegari, en verde. Se lo entregó a Blair junto con un bolígrafo.

—Marca el recorrido que hicisteis y dónde te diste la vuelta.

Blair miró a Morris, que asintió de forma casi imperceptible. A continuación, dibujó una línea corta que cubría aproximadamente el veinte por ciento del trayecto entre la discoteca y el parque.

—¿Ahí fue donde te diste la vuelta, antes de llegar a la avenida Windsor?

—Sí, estoy seguro porque no llegamos a cruzarla. Volví a La Perla Negra antes de la una.

Luca sintió una oleada de adrenalina que casi lo hizo gritar de alegría. Blair acababa de mentir otra vez.

—O sea que, si alguien te hubiese visto con Amanda al otro lado de la avenida, estaría mintiendo, ¿no?

—Sí —respondió Blair.

Luca sacó de la carpeta —esta vez de la parte de atrás—, una foto Polaroid tomada de la pantalla del televisor. En ella, se veía a Amanda y a Tom caminando frente a *Kation Electronics*.

—Esta imagen fue captada por una cámara de seguridad la noche del asesinato.

Luca se inclinó sobre la mesa y, con el bolígrafo, dibujó una cruz en el mapa, tres calles más allá de la avenida Windsor.

—Mientes al decir que volviste a la discoteca a la una —dijo Luca—. Mientes al decir que no cruzaste la avenida con Amanda. Fuiste con ella al parque y la mataste.

Fue entonces cuando Tom Blair empezó a temblar incontrolablemente.

# 16

Si fue una táctica para interrumpir el interrogatorio o si Tom Blair realmente sufrió un ataque epiléptico, poco importa a la luz de lo que sucedió después.

Los paramédicos lo atendieron y lo trasladaron a una celda individual, donde consideraron que podía quedarse descansando bajo la supervisión de un agente. Mientras tanto, Morris avisó a Ronald Blair, que se presentó en el edificio de la policía apenas quince minutos después, exigiendo ver a su hijo inmediatamente.

Cuando el empresario llegó al subsuelo se produjo un nuevo incidente: increpó violentamente a Luca, amenazándolo con todo tipo de represalias si algo malo le ocurría a Tom.

La intervención del detective Morse fue crucial para calmar los ánimos. Condujo a Ronald Blair y a Morris a una sala, con la promesa de que el propio capitán hablaría con ellos sobre lo ocurrido.

Mientras tanto, Arson intentaba hacer control de daños y le comunicaba a Luca que el interrogatorio se suspendería hasta que Tom Blair recibiera el alta médica. Luca, por supuesto, no estaba para nada de acuerdo.

—¡Es una estrategia! —se quejó—. Justo cuando lo tenía acorralado le da un ataque. ¡Qué casualidad!

—Siéntese, detective —ordenó el capitán.

Seguían en la sala de interrogatorios. Arson estaba sentado en la silla que antes había ocupado el abogado. Morse, por su parte, estaba apoyado en la pared, observando en silencio. Luca estaba tan furioso que sabía que, si miraba a Morse, acabaría enfrentándose a él. ¡¿Qué pintaba allí?!

—Luca, siéntate.

El tono severo del capitán y el hecho de que lo llamara por su nombre hicieron que Luca cerrara los ojos hasta que logró controlar su ira.

—Lo siento, capitán.

—Bien. Ahora iremos a la sala e informaremos al padre de que su hijo se queda aquí. Mañana, si el médico lo permite, reanudaremos el interrogatorio.

Luca sabía que la decisión estaba tomada y que no tenía sentido discutir. Él habría sacado a Tom Blair a rastras de la celda para que explicara por qué había mentido tantas veces, no sólo sobre el embarazo, también sobre el hecho de haber acompañado a Amanda hasta el parque esa noche.

Cinco minutos después, entraron en la sala donde los esperaban Blair y Morris, ahora más calmados.

Los tres policías se sentaron en un lado de la mesa.

Arson, que estaba en el centro, empezó a explicar lo que habían acordado hacía un momento, cuando una sonrisa empezó a dibujarse en el rostro de Ronald Blair.

—Eso no va a suceder —dijo Blair cuando el capitán terminó de hablar —. Mi hijo se va a casa esta tarde. Sois unos incompetentes que no sabéis hacer vuestro trabajo.

Hablaba con firmeza, sin alterarse.

—Morris me acaba de explicar lo que habéis hecho —continuó Blair—. Le habéis provocado un ataque a un pobre chico inocente. Vais a pagar por esto, no lo dudéis.

Luca no pudo contenerse.

—¿Inocente? Si es tan inocente, ¿por qué mintió repetidamente en lugar de tirarse al suelo y fingir un ataque?

La sonrisa de Blair no desapareció.

Luca se levantó.

—¿Le parece graciosa la muerte de una chica? Porque ella sí era inocente. Y su hijo la llevó a ese parque a la una de la madrugada y la mató. ¿Todavía le hace gracia?

—¡Detective! —dijo Arson.

—No ha podido demostrar nada de eso —dijo Morris. No sonreía, pero hablaba con un insoportable tono de suficiencia.

Luca lo fulminó con la mirada. Era la primera vez que se sentía tan impotente y frustrado. A nadie en esa sala más que a él le importaba la verdad, el sufrimiento de los padres de Amanda, de su amiga Patsy… nada.

—¿Que no he podido demostrar nada? —masculló Luca—. ¿Que no he podido demostrar nada? Si fuera usted un abogado de verdad, no le habría dicho a su cliente que montara ese numerito.

—¿Está acusando a mi hijo de fingir una enfermedad, detective? Esto se va a poner interesante cuando demande al departamento por este atropello.

Arson hizo un gesto sutil a Luca para que se calmara.

—Su hijo debería estar ahora mismo declarando —continuó Luca—. ¿Por qué compró esa prueba de embarazo? ¿Por qué mintió sobre su vuelta a La Perla Negra?

—Detective —dijo Morris—, supongamos que Tom compró una prueba de embarazo. Pudo haberlo hecho porque ella se lo pidió. Eran amigos.

Luca rio.

—¿Y por qué lo ocultó? ¿Y por qué dijo que volvió antes de llegar a la avenida Windsor?

—No lo sé, detective —dijo Morris—. Tom dijo que había hecho ese recorrido con Amanda varias veces; podría haberse equivocado sobre cuándo regresó. ¿Qué más da si fue en un sitio o en otro? Lo importante es que regresó.

—Lo que yo veo —dijo Blair— es que usted no tiene ni arma homicida, ni pruebas de ADN en la escena del crimen, ni testigos. En resumen, no tiene nada, Bruzzo. Es un aficionado jugando a ser detective; por eso necesita que lo supervisen, porque no es más que un novato improvisado.

Silencio. Luca no podía ver a Morse, pero imaginó que estaría disfrutando de la situación. Sí vio que Arson agachaba ligeramente la cabeza.

Cuando Luca estaba a punto de hablar, Morris se inclinó y colocó el maletín sobre la mesa. Lo abrió lentamente. El ruido de los cierres resonó en la sala.

Morris sacó una cinta VHS del maletín. Por un momento Luca pensó que era la grabación de *Kation Electronics*.

—¿Funciona esto? —preguntó el abogado, señalando el mueble de la esquina, donde había un viejo televisor de veinte pulgadas y un reproductor de vídeo.

—¿Qué es eso? —preguntó Arson.

—La prueba de su incompetencia —dijo Morris mientras el reproductor se tragaba la cinta VHS.

Presionó la tecla *play*. Todos estaban expectantes.

En la pantalla apareció una escena de sexo entre una mujer y dos hombres. Un tercero estaba de pie a un lado, observando y hablando con quien grababa, así que había por lo menos cuatro hombres en la habitación.

Incluso sin ver la cara del que estaba de pie, Luca distinguió el tatuaje de la rana en el brazo.

En la esquina de la pantalla se veía la fecha y la hora de la grabación:

SÁBADO 22 DE AGOSTO

1:02

Luca tragó saliva. Los dos hombres que estaban con la mujer parecían tener más o menos la edad de Blair, pero no se les veía la cara debido al encuadre: uno estaba detrás de la chica, moviéndose como un poseso, y el otro estaba delante, con los brazos caídos a los lados del cuerpo y emitiendo unos desagradables gruñidos mientras la chica le practicaba sexo oral.

Tom Blair se reía de algo en complicidad con el que filmaba.

—Esa es una de las salas privadas de *La Perla Negra* —dijo Morris—. Por supuesto, todo lo que sucede en el vídeo es consentido. Como pueden ver, se grabó el sábado en que asesinaron a Amanda Stewart, y demuestra que Tom no estaba en el parque con ella, sino en la discoteca, como ha mantenido desde el principio.

Luca estaba a punto de objetar que ese vídeo podría haberse grabado en cualquier otro momento cuando oyó la risa de la chica.

Y entonces Yanitza giró la cabeza y Luca sintió que se le caía el mundo encima.

Ya lo entenderás cuando llegue el momento.

En ese instante, la cámara se movió y se vio la cara de dos de los chicos: Tom Blair y…

—Dios mío… —exclamó Arson. Era lo primero que decía desde que había empezado el vídeo—. Apague eso, Morris, por favor.

Morris pulsó el botón de *stop* y apagó el televisor.

El que acababan de ver en pantalla era nada menos que el primo de Tom Blair: el hijo del gobernador.

Morris sacó una carpeta fina de su maletín.

—La joven del vídeo se llama Yanitza Johnston, y aquí tienen una declaración jurada de los hechos de esa noche. Los demás participantes también están dispuestos a corroborar la autenticidad de estas imágenes y cuándo se grabaron.

Morris sacó la cinta del reproductor y la volvió a guardar en el maletín.

Ronald Blair se levantó y se abrochó la chaqueta. Miró a Luca con desprecio y salió de la sala sin decir nada.

—Me quedaré el tiempo que haga falta para supervisar la puesta en libertad de mi cliente —dijo Morris antes de seguir a Blair.

Luca, Arson y Morse se quedaron solos en la sala. Ninguno se movió durante una eternidad.

—Dios mío… —repitió Arson.

Luca todavía no había asimilado el golpe.

—Quizás tuvo tiempo de ir y volver —dijo.

—Basta ya, detective Bruzzo —dijo Arson, negando con la cabeza—. No podemos ser tan improvisados.

El uso de la misma palabra que había utilizado Blair fue doloroso y patético a partes iguales.

El capitán se levantó. Por primera vez desde que habían entrado en la sala, Luca pudo ver a Morse. El detective se giró lentamente, pero no para mirarlo a él, sino a Arson.

—Estas cosas pasan, Arson —sentenció—. El detective Bruzzo ha hecho un buen trabajo.

Arson lo miró fijamente antes de marcharse. Morse lo imitó unos segundos después, sin decir nada más.

Luca se quedó solo.

# 17

*Una semana después*

Luca estaba en la azotea del Parker Center, sentado en una de las salidas de aire del edificio. A veces, algunos fumadores se reunían allí —a pesar de que estaba prohibido— y él había adquirido la costumbre de ir de vez en cuando, a pesar de no haber fumado un cigarrillo en su vida.

Con sus modestos ocho pisos, el edificio del LAPD no era uno de los puntos más altos de Los Ángeles, pero, aun así, ofrecía una vista agradable de la ciudad y de las montañas.

Durante la última semana, Luca había ido a la azotea todos los días. Las cosas no fueron fáciles para él después de la puesta en libertad de Tom Blair. El capitán Arson dio vuelta la página con rapidez, Erica Sanders resultó ser un gran apoyo… el problema era él, que sabía perfectamente que la había cagado, y que lo que le había dicho Ronald Blair una semana atrás era cierto: Luca era un improvisado.

Se había precipitado al detener a Tom Blair. No tenía pruebas suficientes y había cabos sueltos que debería haber atado primero. Por ejemplo, lo que Yanitza había querido decirle la noche que fue a su casa. Si hubiera investigado un poco más, quizás habría descubierto lo del encuentro sexual entre ella y los otros. Haberse enterado de esa información en pleno interrogatorio había sido demoledor.

Luca había cometido algunos errores en su corta carrera, pero nada como esto. Seguía convencido de que Tom Blair había asesinado a Amanda Stewart, de que los tiempos, aunque muy ajustados, no descartaban la posibilidad de que Blair cometiera el crimen y luego volviera a la discoteca para el encuentro sexual con sus amigos: la coartada perfecta.

Pero su torpe accionar había cerrado la posibilidad de seguir investigando, al menos de momento.

—Sabía que te encontraría aquí.

Luca se volvió y vio a Morse, a quien los años habían encorvado un poco, pero que aún así seguía teniendo un tamaño imponente. Traía dos vasos de plástico que, entre sus enormes dedos, parecían de juguete. Le ofreció uno a Luca, que dudó un instante antes de aceptarlo.

La superficie plana de la salida de aire donde estaba sentado Luca era bastante baja. Morse dejó el café encima y se agachó con esfuerzo para sentarse.

—Nunca te he dado las gracias por defender mi trabajo con Arson —dijo Luca.

Morse lo interrumpió con un gesto. Era la primera vez que hablaban desde el interrogatorio.

—A veces soy un capullo —dijo Morse mirando al horizonte—. No he venido para que me des las gracias. Dije lo que pensaba.

Había algunas nubes en el cielo. En ese preciso momento, una de ellas tapó el sol.

—Me voy a jubilar —anunció Morse.

El cambio de tema descolocó a Luca, que se giró para mirarlo. Nadie en el departamento le había hablado del retiro de Morse, y esas cosas solían filtrarse de alguna manera.

—Nadie lo sabe, excepto mi esposa y mis hijos.

Luca se sorprendió aún más, siendo ellos dos exponentes de los extremos generacionales del departamento, que además habían empezado la relación con el pie izquierdo.

—Bueno, me alegro por ti. ¿Tienes nietos?

—Sí. Una nieta. Es uno de los motivos por los que he decidido dejarlo. Eso y porque el cuerpo me duele casi todo el tiempo.

—¿Cuándo te vas?

—Cuanto antes. El tiempo que tarde el papeleo. Cuando asumes la idea, empiezas a ver las cosas de otra manera.

—Arson te echará de menos.

—Arson tiene que confiar más en vosotros, los jóvenes, no en los viejos como yo. No digo que la experiencia no sea útil, pero las cosas han cambiado. Ese abogado, Morris, por ejemplo… antes no se habría atrevido a hablarnos así.

Guardaron silencio un rato. Era evidente que Morse había ido allí por algo más que para contarle lo de su jubilación. A Luca, la presencia de

Morse esta vez no le incomodaba.

—Morris es un imbécil —dijo Luca—, pero yo le facilité las cosas. Espero que al menos me sirva de aprendizaje.

—Seguro que sí. Tienes madera de detective, Luca. Ahora que me jubilo, me he vuelto sentimental, así que puedo decírtelo.

Luca sonrió.

—Gracias, Morse. No le diré a nadie que le has dicho algo agradable a otro ser humano. Tu secreto está a salvo conmigo.

—¿Has seguido investigando el caso Stewart?

—No, más allá de comprobar la historia. Sigo pensando que Tom Blair tuvo tiempo de matar a Amanda y volver a La Perla Negra. De hecho, su participación en esa fiesta podría haber sido la coartada perfecta.

—Pero ahora mismo no hay manera de investigar esa hipótesis. A menos que tengas otra perspectiva.

—Exacto. Arson ha sido muy claro al respecto. Dice que lo ha llamado hasta un asesor del gobernador.

Morse negó con la cabeza.

—Arson es un político, no un policía. Por eso llegará lejos. Yo no lo veré, pero así será. Oye, una cosa… ¿qué pasa con la abuela de Amanda Stewart?

—Esa abuela no existe —dijo Luca—. Los únicos abuelos que tenía Amanda, los padres de su madre, viven en la Costa Este. Probablemente, Amanda se lo inventó como excusa.

—Sí, pero alguien debe de vivir cerca de ese parque. Alguien relevante para ella. Blair dijo que la había acompañado otras veces.

—He pensado que quizás se veía con otro chico.

—O con alguien que ocupaba el rol de una abuela.

Luca se lo quedó mirando.

—¿Por qué lo dices, Morse?

Y, justo después de decirlo en voz alta, Luca lo entendió.

—El espejo de mano —dijo, perplejo.

Morse asintió.

—Ese espejo no ha encajado desde el principio. Dices que nadie lo reconoció. ¿Y por qué lo llevaba esa noche? Parece el tipo de objeto que tendría una abuela.

—Tienes razón, Morse —dijo Luca—. Sin duda, merece la pena investigarlo.

—Quizás todavía sirvo para este trabajo —bromeó.

—Morse, gracias por lo que hiciste con Arson. Tu apoyo fue importante para que no se ensañara conmigo y se olvidara del tema.

Morse terminó su café y se metió la mano en el bolsillo. Sacó la cartera y empezó a buscar algo dentro.

Luca observó con curiosidad cómo Morse sacaba una tarjeta de visita gastada, con el dibujo de unas flores en una esquina. El nombre que aparecía en la tarjeta era el de una mujer que Luca no conocía: Lilian McAllister.

—Mi caso cero —dijo Morse—. Una florista asesinada hace treinta años. Nunca lo resolví. No quiero decir que a ti te vaya a pasar lo mismo; acabas de empezar y eres tenaz. Pero creo que el caso de Amanda Stewart te acompañará siempre, para bien o para mal.

Luca se quedó mirando la tarjeta.

—En este trabajo —continuó Morse—, siempre hay un caso que te marca para siempre, Luca. Suele ser un asesinato. Si de verdad te importa tu trabajo y has nacido para esto, entonces ese caso forjará tu identidad como investigador. Y si no lo resuelves, como me ha pasado a mí con Lilian, te perseguirá para siempre. Un detective me dijo una vez que siempre resolvemos el mismo caso. Nunca lo entendí, porque él era un viejo cascarrabias que decía disparates, pero ahora, que yo también me he convertido en uno, lo he entendido. Él me habló por primera vez del caso cero, que no es necesariamente tu primer caso importante, sino el que te deja la marca más profunda. Una cicatriz, creo que me dijo él. Así que aquí estoy yo, repitiendo lo mismo, al borde del retiro. No dejes que el caso Stewart te persiga, Luca; sé por qué te lo digo. En este trabajo, a veces se gana y otras se pierde. El mayor valor de un detective es aprender a convivir con ello para poder seguir adelante. Si lo piensas un poco, vale casi para cualquier cosa.

Morse guardó la tarjeta en la cartera. Miró al cielo, donde otra nube les dio un poco más de sombra, y se levantó con dificultad.

Luca volvió a darle las gracias pero sé quedó sentado. Imaginó que Morse querría que la conversación entre ellos terminara allí.

Mientras lo observaba alejarse hasta la puerta de la azotea, Luca jugueteaba con el vaso vacío. Se sentía diferente, y no sólo por haber tomado su primer café en uno de esos miserables vasos de plástico.

FIN

# Epílogo

*Seis años después*

Luca vio en el identificador que se trataba de su compañero y el corazón le dio un vuelco. A esas horas de la noche no podía ser buena señal.

—¿Qué ha pasado, Danny?

—Otro muerto.

Luca se dejó caer contra el respaldo de la silla. Tenía delante, en ese preciso instante, decenas de carpetas, informes y fotografías del caso que se había apoderado de su vida los últimos meses.

Al otro lado de la línea se oía el ruido del tráfico.

—¿Luca? ¿Sigues ahí?

—¿Dónde ha aparecido el cadáver esta vez?

—No te lo vas a creer: en el cine Beverly. La detective que está allí me ha descrito la escena. Todo bastante espeluznante. Es él, Luca.

*La octava víctima*, pensó Luca mientras con una mano se agarraba la cabeza.

—En un momento salgo para allá, Danny. Tú estás mucho más cerca así que volvemos a hablar cuando llegues.

Danny se despidió y Luca se quedó de nuevo solo en aquella casa enorme donde todavía habitaba el fantasma de su madre. Algunas cajas con sus pertenencias seguían acechando desde los rincones.

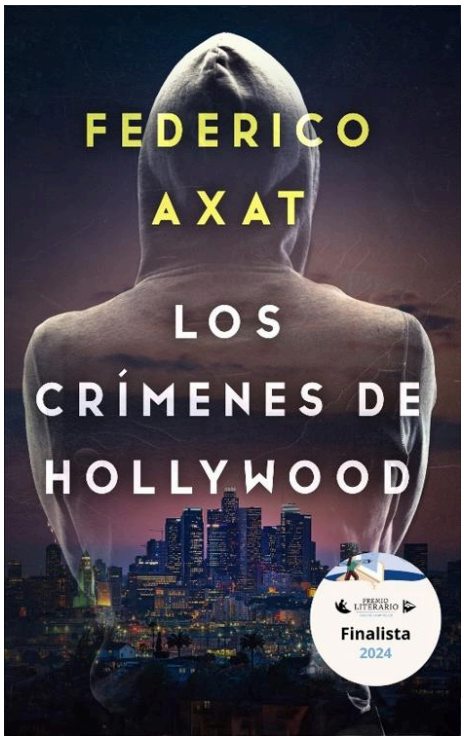
Se quedó mirando el fruto de su trabajo. Un nuevo asesinato podía significar dos cosas: más pistas y la posibilidad de atrapar al responsable de una vez por todas, o la confirmación de que el tipo seguía suelto y con la suficiente confianza como para volver a matar.

Luca no podía permitirse fallar. No otra vez. En la esquina del escritorio había una carpeta que hacía tiempo no abría, estaba amarillenta y era más delgada que las otras.

Respiró hondo y se armó de valor para ponerse en marcha. Mientras se ponía la chaqueta y cogía el arma de la caja fuerte, empezó a sentirse él mismo otra vez. Antes de meterse la cartera en el bolsillo del pantalón, se la quedó mirando un momento, como si dentro estuviera la respuesta a la confianza que necesitaba.

En cierto modo, así era.

# Siguiente libro de la serie




Los crímenes de Hollywood

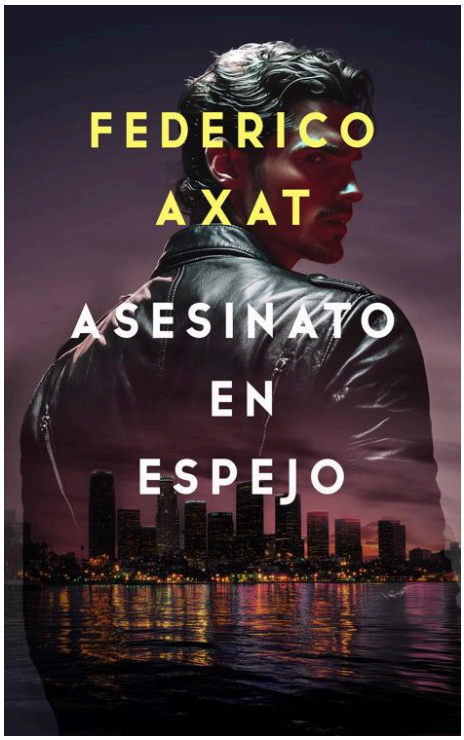
**Un asesino mata según un patrón oculto en películas emblemáticas**

El cadáver de un hombre aparece en un cine para nostálgicos en el corazón de Los Ángeles. Lo encuentran en plena noche sentado en el escenario, con las piernas amputadas y un peculiar pañuelo en la cabeza. A los investigadores la escena les resulta extrañamente familiar.

El crimen es el octavo de una serie de asesinatos y un patrón oculto en películas emblemáticas empieza a emerger. ¿Es el arte el que imita a la vida o es exactamente a la inversa?

El detective Luca Bruzzo está frente al caso más extraño de su carrera, y también el que ha desenterrado sus miedos más íntimos, atrapándolo en una espiral de obsesión.

# Luca Bruzzo 2




Asesinato en espejo

**Luca se enfrenta otra vez a su caso cero**

Amanda tenía una vida por delante cuando alguien se la arrebató, asesinándola en un parque en plena noche. No hubo testigos, ni pistas, salvo un antiguo espejo de mano completamente fuera de lugar en la escena del crimen.

Luca Bruzzo, un joven detective que acababa de ingresar al departamento de policía de Los Ángeles, investigó el caso, pero nunca dio

con el culpable, en parte por su propia inexperiencia.

Durante los últimos diez años, Luca se ha sentido culpable: lleva consigo una foto de Amanda a todas partes y de vez en cuando visita sus lugares de pertenencia, pidiéndole perdón.

Pero entonces sucede algo inesperado: en una mina abandonada en las montañas de San Gabriel, aparece el cadáver de un hombre con un espejo de mano casi idéntico al que llevaba consigo Amanda aquella noche.

Una década más tarde, Luca está ante la posibilidad de resolver el caso que lo ha atormentado durante toda su carrera.